

LASDAOALPLAY presenta

EL REPONEDOR



Como cada noche, se bajaron todas las persianas, se fueron apagando todas las luces de los pasillos y de los locales, se escuchaba el runrún del resto de empleados hablando entre ellos, como se despedían de sus compañeros y se deseaban buen fin de semana entre risas. Había llegado el momento del descanso semanal, una noche de sábado para celebrar la vida y un domingo entero para reponer fuerzas en familia, en casa... para los que la tenían.

A pesar de la distancia que tenía con los otros, con los que no congeniaba, todos presuponían que era un hombre como cualquier otro, que una vez terminaba su jornada se iba a casa... Pero él no tenía casa.

No hablaba de familia, pero nadie ponía en duda que la tuviera. Tal vez una mujer y una hija, no, no tenía aspecto de padre familia, pero sí una madre, un padre o una hermana con los que convivir, con los que relajaba ese rictus que lo acompañaba siempre... Pero él no tenía familia.

Como la mayoría, cumplía con sus obligaciones en su puesto de trabajo. Era puntual y nunca se quejaba de nada ni de nadie. No se extralimitaba. No decía dos palabras si con una o ninguna le bastaba. Sus compañeros, aquellos con los que trabajaba codo con codo, no lo consideraban un amigo, pero no un extraño, lo trataban con normalidad. Tenía sus rarezas, pero ¿quién no las tenía? Era peculiar, sin duda... Pero él no era normal.

No era un fantasma, un espectro que nadie podía ver. Todos los que lo rodeaban sabían que existía, al menos en el escenario que era su lugar de trabajo, aquel enorme centro comercial. Lo que nadie sabía era que sucedía con él cuando se acababa la jornada laboral... Pero nadie se lo preguntaba.

Como cada día, esperó en un rincón. El mismo rincón de cada día. En las escaleras de emergencia de la segunda planta. Todos los demás salían por las plantas bajas. Nadie pasaba por allí. Nadie se cruzaba con él. Ni tan siquiera los guardias de seguridad que daban una última ronda barriendo a todos los empleados rezagados, mientras hacían bromas de dejarlos encerrados ahí dentro... Pero para él no era una broma.

En cuanto todo el centro se sumergió en las sombras, en unos pasillos iluminados solo por las luces de emergencia. Silenciosamente arrastró los pies,

con su peculiar andar, con las puntas hacia adentro, la barriga salida y la espalda curvada y echada hacia delante. No tenía miedo de ser visto. Las cámaras de seguridad se apagaban, solo quedaban las exteriores. No había alarma, todo quedaba cerrado a cal y canto. Nadie podía entrar o salir... Pero él no quería salir.

Se desplazaba como un autómatas. No tenía consciencia del presente, pasado o del futuro, solo vivía el día a día. Solo vivía el momento y, aquel, era el momento de recluirse en su madriguera. Un refugio que había construido durante años, tantos como los que hacía que trabajaba en aquel lugar, en aquel templo del consumismo. En la mente de cualquiera no cabía que allí se pudiera vivir... Pero para él aquel era su hogar.

Bajó las escaleras de emergencia con calma, sin prisa, parecía que jamás la tuviera. Parecía que era el ejemplo de la tranquilidad, pero los nervios lo dominaban por dentro. Lo tensionaban durante el día y lo obligaban a mantener aquel característico rictus en su rostro. Una perturbadora media sonrisa que contrastaba con el dolor palpable que se leía en sus ojos siempre húmedos, siempre a punto de llorar... Pero él no quería consuelo.

Bajó más allá de las plantas del aparcamiento para los clientes. Más allá de las zonas de servicio y mantenimiento. No se detuvo hasta que llegó a la última planta. La planta en la que había unos grandes contenedores donde iban a parar todos los deshechos del centro comercial. Todo aquello que la gente no quería, que no quería nadie... Un deshecho de la sociedad como él.

Torció a la derecha, pasó frente a los contenedores y se fue hacia donde las luces de emergencia no iluminaban. Se sumergió en la más profunda oscuridad, allí donde nadie más se hubiera atrevido a entrar... Pero él no tenía miedo.

Alargó la mano y, como cada día, palpó una superficie metálica, fría, en la oscuridad. Localizó el pomo de plástico y lo hizo girar, haciendo que la puerta sobre sus goznes, que chirriaron. Aquel incómodo sonido hubiera erizado el vello del más valiente... Pero él no se asustó.

Cruzó un oscuro umbral, cerró la puerta tras él y se detuvo. Del bolsillo de su camisa sacó una cajetilla de cerillas, prendió una. La pequeña y titilante llama no tuvo fuerza suficiente para iluminar su alrededor, pero sí para que él pudiera encender todas las velas que había estratégicamente situadas por todo aquel espacio. Cuando hubo terminado, cuatro paredes de hormigón gris lo rodearon. Había un catre artesanal, un hornillo de gas y montones de cajas en las que se

intuían prendas de ropa, libros, revistas y una larga lista de objetos sin valor... Pero para él sí que lo tenían.

Se sentó en su cama. A la tenue e inestable luz de las velas observó cuanto le rodeaba. Sus cosas en el suelo, arrimadas a las paredes; estas recubiertas de imágenes recortadas de revistas y catálogos de los que había en las cajas. La parte más grande de la pared de hormigón estaba cubierta por un cartel de una película que había escamoteado del cine del centro comercial. El éxito de un par de veranos atrás, una cinta de terror que había hecho temblar a millones de espectadores... Pero a él le gustaba la imagen.

Pasados unos minutos, se tumbó. Quería descansar, necesitaba descansar. Por fin era sábado por la noche y tenía todo un domingo para él solo. Llegaba el mejor momento de la semana, un día entero en el que no tenía que interactuar con nadie... Pero él no necesitaba socializar.

Clavó sus pupilas en el techo. Lo recorrían media docenas de tubos de agua y luz. Lo siguió mientras su mente divagaba. Por el azar del destino, el arquitecto que había diseñado el edificio, si bien se decía que tenía talento y el edificio era algo más que un centro comercial, había cometido errores en su interior que los constructores subsanaron como pudieron, como aquel cuarto. Un espacio inútil que había surgido al tener que reforzar los cimientos... Pero para él no era inútil.

Allí descansaba, dormía y comía. Se escondía del mundo y se sentía a buen recaudo de los peligros que acechaban más allá de las paredes del centro comercial, que no había cruzado desde que había encontrado aquel lugar... desde que se había trasladado allí... desde que había decidido que su hogar, su mundo, su todo era aquel centro comercial... y que lo protegería a cualquier precio.

Con un estruendoso rugido, una furgoneta GMC Vandura de color azul eléctrico apareció por la esquina más alejada de su calle, la típica calle de un barrio residencial de clase media alta situado a las afueras de una ciudad como Colorado Springs. Una larga avenida arbolada con grandes casas, todas iguales pero, a la vez, diferentes las unas de las otras.

Emily no sabía que hacía allí, esperándose a que la furgoneta se acercara a ella y que un grupo de desconocidos la recogiera. Era nueva en la ciudad y cuando

sus compañeras de clase la habían invitado a irse de fiesta, había dicho que sí, pero ahora, viendo el numerito que estaba haciendo aquel coche para llegar hacia ella, pegando acelerones y forzando el motor para que hiciera más ruido de lo normal, se estaba arrepintiendo de haber aceptado.

Pero ya era demasiado tarde.

La furgoneta pegó un frenazo que dejó un rastro negro en el asfalto y un desagradable olor a plástico quemado en el aire. La puerta del copiloto y la corredera de la parte trasera se abrieron de golpe.

—¡Emily! —exclamó Debbie, la exuberante y popular Debbie Pearson, desde atrás

—Venga, sube —la alentó Tina, la rebelde desde el asiento del acompañante.

No quedaba muy claro si aquello era una petición o una orden, pero Emily se vio obligada a ello. Echó una rápida mirada a la calle, vio como los últimos rayos de sol amenazaban con fundirse en la oscuridad de la noche y subió.

Apenas las puertas se cerraron y se sentó en el espacio que Debbie le ofreció, Tommy, dueño y conductor de la furgoneta y, por lo que sabía, pareja de Tina, hizo que su motor rugiera de nuevo y el vehículo saliera disparado hacia delante, provocando que todos se inclinaran hacia atrás.

El grupo de adolescentes se rio a carcajadas, Emily entre ellos con risas un tanto incómodas, por no saber dónde se había metido. Salvo a Tommy, los conocía a todos, no en profundidad, apenas hacía unas semanas que había llegado al instituto, pero sabía quiénes eran.

A su derecha estaba Debbie, la líder de las animadoras y la chica tras la que había todos los chicos, era un imán para el sexo opuesto con su melena rubia, sus pechos turgentes, sus largas piernas, su sonrisa carmesí y el escueto y sempiterno uniforme del equipo de animadoras. Cualquier chico hubiera matado por estar con ella, pero ella parecía haberse conformado con Kevin, uno de los dos chicos que había sentados en la parte trasera de la furgoneta. Era un chico simpático, tirando a normal, sin nada que destacar salvo sus buenas notas, su elegante presencia y su relación con Debbie.

Con Kevin estaba su mejor amigo, Jason, capitán del equipo de fútbol. Alto, de espaldas anchas y rubio, con una brillante sonrisa blanca y los ojos azules. Cualquier hubiese pensado que con Debbie habría formado la pareja perfecta, pero no, la chica más popular del instituto había preferido un don nadie como

Kevin. Sin embargo, aquello no parecía afectar en la sincera relación entre los dos, ya que si algo más era Jason, era un bromista, con el que todos se partían de risa, sobre todo Kevin.

A la izquierda de Emily, con gesto apocado, pero sin ser menos rebelde que el resto al formar parte del grupo, estaba sentada Lisa, la empollona del grupo, la mejor de la clase y la que lograba que sus amigos salieran siempre indemnes de los exámenes. ¿Cómo lo hacía? Nadie lo sabía, pero en un curso en el que todos pensaban en la universidad —o al menos lo hacían sus padres— cualquiera hubiera hecho lo imposible para ser su mejor amigo.

Al frente, Tina era una rebelde sin causa. Hija de una de las familias más adineradas de la ciudad, ella actuaba como si proviniera de los bajos fondos de Nueva York. Una punk con todas las letras. ¿Qué trauma escondía? Nadie lo sabía, pero sí que todo el mundo sabía que su novio, de veintiún años, era el principal dolor de cabeza de sus padres. Y es que Tommy no tenía ni oficio ni beneficio. Detenido un par de veces por peleas y borracheras, se había cuajado una buena fama como el chico malo de esa parte de la ciudad y, además, no tenía reparo en fomentarla. Sin embargo, cuando estaban juntos, Tina y Tommy destilaban amor del de verdad.

Un grupo de seis adolescentes que, con ella, eran siete, dispuestos a pasar una gran noche de sábado. Hablaban, gritaba y reían, provocando un escándalo ensordecedor en el interior de la furgoneta. Todos salvo Emily, hasta que se atrevió a preguntar:

—Y ¿adónde vamos?

Todos callaron súbitamente. Durante varios segundos solo se escuchó la estridente selección musical de Tommy.

Como buena líder natural, fue Debbie la que respondió.

—Nos vamos de fiesta —sentenció con facilidad y, cogiéndola por los hombros, añadió—: Tenemos buena compañía, alcohol...

—¿Alcohol? —preguntó Emily sorprendida.

Los otros estallaron en carcajadas.

—¡Claro que sí, Em! —soltó Tina y apoyándose en el brazo de Tommy, dijo—: Aquí mi hombre ya puede comprar cuanto quiera.

Lo dijo como si fuera algo positivo y de lo que sentirse orgulloso, y Tommy correspondió hinchando el pecho y haciendo rugir el motor de su furgoneta.

Todos volvieron a reír, hasta que Debbie retomó sus palabras.

—Tenemos buenos amigos, alcohol y ganas de mezclarlo todo en la mejor noche del año.

—¿Qué celebramos? —preguntó inocentemente Emily.

—¡Que ya eres uno de nosotros! —exclamó Debbie.

No sabía si era algo bueno o malo, sin embargo, la sensación de pertenencia a un grupo tan popular como aquel la reconfortó.

«Ahora, no lo estropees», se dijo para sus adentros, y forzando un cambio de actitud hacia lo positivo, repitió:

—Entonces, ¿adónde vamos?

Debbie sonrió con alegre malicia.

—Al mejor local privado de toda la ciudad...

Y, al unísono, los seis adolescentes exclamaron:

—¡El Crystal Mall!

2

Súbitamente, la furgoneta de Tommy irrumpió en el aparcamiento sorteando uno de los setos que lo delimitaban. Mientras que su conductor reía alocadamente, dio un volantazo que hizo que su loco cacharro derrapara por el estacionamiento vacío a aquellas horas de la noche. El aparcamiento era para él solo y no pensaba desaprovecharlo.

—¡Voy a hacer todo lo que nunca me permiten hacerte, preciosa! —exclamó dirigiéndose a la furgoneta, dando suaves y cariñosas palmaditas en el salpicadero, mientras que el resto de pasajeros se agarraban entre ellos y donde podían para mantener, a duras penas, el equilibrio.

Como si estuviera en un circuito de carreras, Tommy empezó a dar vueltas por el aparcamiento. Grandes óvalos al más puro estilo de la NASCAR, hasta el punto que sus compañeros de viaje eran arrojados hacia la pared interior del vehículo por la fuerza centrífuga.

—¡Tommy, para! —exclamó Lisa con hilo de voz suplicante.

Pero el conductor no hizo caso.

—¡Déjalo ya, tío! —gritaron al unísono los dos chicos del fondo.

Tommy soltó una carcajada a la vez que subía la música y dijo:

—¡No os oigo, chicos!

Al no detenerse, todas las chicas salvo una empezaron a chillar pensando que, al final, empezarían a dar vueltas de campana o algo peor. Solo Tina parecía que había perdido los estribos... pero sí que lo había hecho. Ni corta ni perezosa reunió todas sus fuerzas para luchar contra la fuerza centrífuga y le arreó un sonoro bofetón a Tommy.

—Ya vale, imbécil —le espetó.

Inevitablemente sorprendido, Tommy aminoró la marcha, dejó de conducir como un loco e, incluso, paró la música.

—Lo... Lo siento, nena...

Tina no respondió, solo lo miró con severidad.

—Todos queremos pasarlo bien. Aparca en la parte trasera —ordenó Tina.

El chico obedeció y llevó su vehículo con delicadeza hasta el lugar más apartado, detrás de las grandes entradas para los clientes. Aquella parte, a

diferencia de la fachada principal, sí que parecía un simple almacén, sin nada virtuoso por parte del arquitecto que diseñó aquel horrible edificio moderno con exceso de cristal y neones que iluminaba el cielo nocturno con sus imperecederas luces de colores chillones.

Cuando hubo parado, todos bajaron en tropel y entre risas, el buen ambiente había regresado después del loco comportamiento de Tommy. Tina se encaminó a paso decidido hacia la puerta del almacén más cercana con el resto de chicas siguiéndole los pasos, mientras que los tres chicos descargaban las bolsas con botellas de alcohol de todo tipo y la caja de cervezas que había comprado el novio de Tina. Todos parecían comportarse como si aquello fuera lo más normal del mundo, solo Emily alzó la cabeza y se dio cuenta de las cámaras de vigilancia que las observaban desde las alturas con ojos amenazadores.

—¿Y las cámaras? —preguntó.

Tina sonrió mientras se agachaba, sacaba una horquilla de su creativo y colorido peinado y se enfrentaba a la cerradura; pero fue Debbie la que respondió:

—Cuando mañana descubran que hemos estado aquí, este será el menor de nuestros problemas.

Emily tragó saliva.

—Además —añadió Jason desde atrás mientras dejaba en el suelo la bolsa que cargaba y recogía un pedruzco que parecía un resto de asfalto que se hubiera soltado—, de las cámaras nos ocupamos nosotros.

Y, sin más, arrojó la piedra con una puntería certera contra la primera cámara que vio y la destrozó. Vanagloriándose de su logro, al fin y al cabo era el *quarterback* del equipo, miró a las chicas mostrando su brillante dentadura.

Sin que nadie se lo pidiese, como si debieran imitarlo, Kevin y Tommy dejaron la carga y lo imitaron deshaciéndose de todas las cámaras que había al alcance de su vista y de su brazo con una normalidad pasmosa que solo se vio interrumpida cuando Tommy en lugar de una cámara, alcanzó una luz, cuya bombilla estalló en un cortocircuito y miles de pedazos de cristal.

Al instante todos dieron un respingo, pero en seguida volvieron a reír de la gamberrada, porque lo que estaban haciendo no tenía otro nombre.

—Bueno, ¿qué? ¿Puedes abrir la puerta o no, Houdini? —le espetó Debbie a Tina con los brazos cruzados sobre su pecho.

La punk le dedicó una mirada airada y soltó un bufido. Se levantó poniéndose de nuevo la horquilla en el peinado y se acercó a los chicos que seguían con las piedras. Cogió una, la sopesó y sonrió satisfecha. Bajo la atenta y desconcertada mirada de sus amigos, con paso decidido siguió la pared del centro comercial hasta la primera puerta acristalada que encontró y lanzó la piedra.

El cristal se rompió en varios pedazos grandes que cayeron en el interior. Tina contempló su obra y no dudó en aprovechar sus resistentes botas de piel negra y suela gruesa para terminar de reventar el cristal y agrandar el agujero hasta que tuviera el tamaño apropiado para pasar.

Con la cejas alzadas y los labios apretados se giró y miró a Debbie directamente a los ojos.

—¿Suficiente para que la reina del baile pueda entrar? —preguntó con inquina.

Debbie no respondió, simplemente fue la primera en cruzar la puerta sin cristal. Los demás la siguieron sin demasiadas contemplaciones, salvo Emily que seguía quedando rezagada. Cuando solo faltaban ella y Tina, esta última se acercó y le susurro en el oído:

—¿Estás bien?

—Sí... Bueno, no sé... —respondió Emily entre titubeos.

—¿Nunca te habías portado mal, no?

—No... nunca... pero tampoco había tenido... —dudó.

Tina la observó, examinándola, como si pudiera saber lo que pasaba por la mente de su compañera.

—Nunca habías tenido con quien portarte mal.

Aquello no era una pregunta, era una afirmación contundente.

Emily no respondió, pero por su gesto estaba claro que así era.

—No te preocupes, te entiendo... yo pase por lo mismo antes de llegar aquí —dijo Tina sin darle demasiada importancia—. Padre rico y empresario, antes de que nos instaláramos aquí pasamos por una docena de ciudades... nunca tuve amigos hasta que los encontré a ellos —dijo señalando con la mirada a los demás que ya estaban dentro.

Sin esperar a ver qué hacía Emily, Tina cruzó el umbral del centro comercial, pero la chica nueva no tardó en imitarla y sus miedos se terminaron en cuanto se encontraron en uno de los vestíbulos de aquel gigantesco centro comercial.

Se unió a los demás andando hipnotizada por lo que la rodeaba. Sobre ellos, el techo de cristal permitía que las estrellas y la luna se pudieran ver con facilidad y, a la vez, iluminaran el interior del centro. El suelo reluciente y pulido reflejaba dicha luz y permitía que ellos tuvieran la sensación de estar flotando sobre la superficie. Y, lo más importante, tenía todo aquel lugar para ellos solos.

Ante ellos se presentaba toda una noche de posibles locuras que rememorarían toda la vida y por la que pagarían un precio relativamente bajo, ya que, al fin y al cabo, no eran más que unos adolescentes portándose mal. ¿Qué les podía pasar?

Unos extraños ruidos perturbaron su descanso. Al apagar todos los sistemas y luces, en el interior del centro comercial solo se escuchaba el peculiar zumbido de las luces de emergencia. Nada más. Si prestaba atención, el sonido que más rompía aquel profundo silencio era el latido de su corazón. Pero lo que acababa de despertarlo no era nada de todo eso. Era algo fuera de lo habitual, algo que no reconocía y que, por ese motivo, le preocupaba.

«¿Los de mantenimiento?», se preguntó mientras se sentaba al borde de su catre.

No, no eran los de mantenimiento, que él supiera no había prevista ninguna reparación importante que se tuviera que hacer durante la noche y en fin de semana. Si aquella tropa trabajaba fuera de las horas, solía hacerlo a primera hora entre semana, antes de que se abrieran las puertas del centro comercial. No, no eran ellos. Eran extraños.

Nervioso se frotó los ojos a la vez que el incómodo rictus se acentuaba en su rostro. Una sensación de ira se apoderaba de él y sus manos empezaban a temblar sin control.

«Deben ser ratas o unos gatos que se han colado», se dijo para desviar su mente de los pensamientos negativos que lo desestabilizaban. «Nada de importancia», insistió mientras hacía ademán de tumbarse de nuevo y olvidarse del tema... pero no podía. Tenía que ir a ver que sucedía en su casa, que invadía su intimidad, que distraía su descanso... No podía evitarlo.

Refunfuñó algo ininteligible entre dientes y se levantó. Sintió como sus

rodillas temblaban y sus tripas se perturbaban nerviosas. Todas esas respuestas físicas al malestar psicológico lo habían acompañado desde pequeño, sus padres habían intentado que lo superara de mil formas. Pero no fue hasta que ellos ya no estuvieron y él se instaló en su madriguera, que se calmaron. Aquel era un lugar seguro... su lugar seguro. Pocas veces desde que vivía allí se había encontrado así, el centro comercial era un remanso de paz durante la noche. Pero aquellos ruidos superaban, con creces, los que nunca antes hubiera podido escuchar.

Volvió a refunfuñar, pocas eran las veces que hablaba con palabrotas y, cuando lo hacía, solía ser de ese modo, entre susurros y gruñidos que nadie podía entender. Volvió a frotarse los ojos y pasó las palmas de sus manos por su cabello, cortado tan corto que más que pelos parecían pequeñas púas.

Después de unos minutos que, para él, se alargaron como horas, decidió emprender la marcha. Abandonó su cueva, salió al exterior y paró el oído casi sin respirar. No tuvo que esperar demasiado para volver a oír ruidos extraños. Estaban demasiado lejos para discernir qué eran o qué los provocaba, pero sin duda eran algo completamente fuera de lo normal.

Con su peculiar forma de andar empezó a moverse procurando mantener el máximo silencio. No solo quería saber de dónde procedían aquellos ruidos, sino que tampoco quería ser descubierto. Era plenamente consciente de que vivir allí no estaba permitido, por lo que no quería enfrentarse a la realidad de ser descubierto y, con total seguridad, despedido y echado del Crystal Mall.

Sus deportivas con suela de goma se deslizaban con suavidad por el suelo. Se acercó a las escaleras y miró por el hueco hacia arriba. Nuevos ruidos rebotaron por aquellas paredes, haciendo que todo su cuerpo temblara con nervios e ira. Siguió avanzando, aquello no le gustaba ni un ápice, pero debía enfrentarse a sus miedos y descubrir qué sucedía. Y, una vez lo hubiese hecho, podría decidir qué hacer.

Subió por las escaleras hasta la altura de la planta baja, donde los ruidos reverberaban con mayor fuerza y fue entonces cuando pudo saber qué eran.

«Voces y pasos... Es gente», se maldijo para sus adentros. Aunque había conservado la esperanza de que se tratara de algún animal, desde el principio había sabido que debería enfrentarse al mayor de sus miedos: las personas.

Abrió la puerta del acceso de las escaleras y pudo oír con mayor claridad aquellas voces y los pasos de un grupo de personas. Salió con mucho cuidado de

permanecer en la parte más oscura de los pasillos comerciales y se guió por el origen de las voces, mientras que estas se iban haciendo cada vez más claras y podía empezar a entender algunas palabras.

—Menuda fiesta nos vamos a montar aquí.

—Traemos todo lo necesario para ello.

—Siempre podemos abrir alguna puerta al estilo de Tina.

Risas.

Eso no le estaba gustando ni un ápice.

No eran animales. No eran los de mantenimiento. Eran algo todavía peor.

Giró una esquina hasta que pudo ver al grupo de personas que recorría los pasillos del centro comercial de noche.

«Son adolescentes», pensó mientras que una gota de sudor caía por su sien y aquella sonrisa incómoda que siempre presidía su rostro se acentuaba más allá de un límite razonable.

Ya sabía quién se había colado en el Crystal Mall. Ahora debía decidir como actuar. Con una inesperada rapidez, giró sobre sus talones y desapareció en la oscuridad del lugar que lo rodeaba.

3

Ajenos al par de hostiles ojos que los vigilaban, los chicos siguieron avanzando por el interior del oscuro centro comercial. A pesar de estar casi a oscuras y las pocas luces que iluminaban el lugar muy tenues, había algo cautivador, algo atrayente, algo fuera de lo normal que hacía que todos ellos sintieran que aquel lugar era maravilloso.

No hablaban entre ellos, pero sí que se dedicaban miradas cómplices mientras seguían observando el cielo nocturno a través de la enorme cristalera del techo o los locales vacíos y apacibles, desde los que figuras de maniquís los observaban con ojos vacíos, sin importarles lo que pretendían hacer aquellos chicos.

Lo cierto era que no sabían por donde empezar. Sí, habían traído alcohol como para un regimiento. Sí, querían montar una buena fiesta rebelde. Pero ahora que ya estaban en el interior del lugar, no sabían qué hacer. Ninguno de ellos había planeado más allá de colarse. Por algún motivo algo les hacía pensar que en cuanto cruzasen la puerta del centro comercial cuando estaba cerrado, alguna alarma saltaría y su aventura terminaría en la comisaria... pero no había sido así. Estaba más claro que aquella noche sería muy larga y no había hecho más que empezar.

Además, por si todo esto no fuera suficiente, el abrupto silencio que los rodeaba era sobrecogedor, como si el universo quisiera que aprovecharan la noche de otro modo. Sin embargo, fue la voz de uno de ellos la que los hizo regresar al presente.

—¿Qué? ¿Hacemos algo de provecho o seguimos aquí contemplando el cosmos? —preguntó Tommy haciendo tintinear las botellas que había en el interior de la bolsa que cargaba.

Al principio se sobresaltaron, no esperaban una interrupción en aquel momento, pero Tommy tenía razón. Uno tras otro empezaron a reaccionar y reír por la situación en la que se habían sumido.

—Sí y tengo una idea... —añadió Lisa con timidez, y cuando esa chica tenía una idea, no había nadie que se lo discutiera, por que nunca era mala, y no era para menos que fuera la Vilma Dinkley del grupo.

Miró a su alrededor, ubicándose, y con paso decidido se encaminó hacia una dirección. Estaba claro que buscaba algo. Los demás la siguieron sin preguntar a dónde iba, simplemente esperaban que fuera algo tan bueno como la idea de colarse en el centro comercial, que también había sido suya. Ya que tras el rostro y el gesto tímidos de Lisa, había una mente de delincuente precoz. Era la mejor estudiante del instituto, y eso le ofrecía mucho tiempo libre para divertirse a lo grande.

Tras unos minutos en los que las suelas de sus zapatos golpearon el pulido suelo del centro comercial, Lisa se detuvo.

—Hemos llegado —anunció extendiendo los brazos, abarcando el escaparate de una tienda de sofás.

—¡Eres un genio, Lisa! —exclamó Debbie dándole un abrazo y estrujándola contra su cuerpo.

Era un local sin verja, solo paredes acristaladas y una simple cerradura los separaban de la comodidad de aquellos muebles, por lo que Tina hizo ademán de volver a sacar la horquilla, pero Jason la detuvo.

—Si me permites, lo intentaré yo.

De todos modos, la chica se sacó la horquilla y se la ofreció al *quarterback*, pero este no la cogió, sino que dio una certera patada en la cerradura y, tras un crujido, la puerta giró sobre sus goznes.

—Muy sutil —le reprochó Tina.

—Pero efectivo —afirmó Jason empujando la puerta y permitiendo que sus amigos empezaran a recorrer el local, sentándose y saltando sobre los sofás, en busca del que pudiera ser más cómodo.

Finalmente, pasados unos minutos, los siete se reunieron en un par de sofás amplios, de esos para grandes comedores de familias adineradas que suelen acoger a muchos invitados, y empezaron a desenvolver la mercancía.

Se desenroscaron los tapones de las botellas, que empezaron a correr de mano en mano, y se reventaron las cajas de cartón que contenían las latas de cerveza. La fiesta había empezado entre risas, gritos de emoción y aullidos de placer en cuanto los licores empezaron a bajar por los cuellos de los adolescentes.

Incluso Emily se dejó llevar y empezó a probar de todas las botellas mientras que sus amigos aplaudían a su alrededor, alegrándose de que la chica nueva y tímida se estuviera desmelenando.

—¿Alguien ha traído algo de comer? —preguntó de repente Kevin.

—¿Es que el bebé quiere algo para que no le duela la tripita? —dijo Jason a su lado a la vez que le propinaba un codazo en los riñones.

—Ja, Ja, muy gracioso —contestó—. No, pero tengo hambre.

—Lo cierto es que tiene razón —salió en su defensa Debbie—, no estaría de más algo para picar.

Poco a poco, todos estuvieron de acuerdo en que comer algo sería una buena idea y un magnífico complemento para la fiesta, pero nadie se decidía a tomar la iniciativa para resolver el problema.

—Tengo una idea —anunció Tommy levantándose.

—¿Debemos preocuparnos? —le espetó Tina con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Suerte que te tengo a ti, mi amor —respondió el otro falsamente ofendido.

—Bueno, es que tus ideas no suelen ser buenas... —dijo Kevin.

—Cuando las tienes, que son pocas veces —añadió Jason antes de soltar una sonora carcajada.

Tommy puso los brazos en jarra en una mala imitación de un profesor o un padre enfadado.

—Ya está bien, ¿no? —Todos rieron—. ¿Queréis que os resuelva vuestro problema o no?

Los afirmaron con la cabeza mientras se aguantaban la risa.

—¿Alguno ha pensado, con lo listos que sois todos, que el supermercado es el único local sin puertas y que está lleno hasta arriba de comida? —les preguntó.

Los otros no dijeron nada, resultaba que Tommy sí que había tenido una buena idea.

—En ese caso, voy a por provisiones y, mientras tanto, os pensáis como disculparos —les espetó y, dirigiéndose a Tina, añadió—: Menos tú, cariño, eso ya lo he pensado yo.

Mientras los demás se carcajeaban, Tina le lanzó una lata de cerveza medio llena que esparció su contenido por el camino.

Sin dejar de reírse, Tommy se despidió con un saludo militar muy laxo y abandonó la tienda de sofás, sumergiéndose en la penumbra de los pasillos del Crystal Mall.

De repente y sin decir porqué, la que también se levantó fue Lisa que salió

corriendo hasta la puerta, por la que se asomó y gritó:

—¡Eh, tío listo! ¡El supermercado está hacia el otro lado!

El resto se rieron con gusto y más cuando un Tommy despistado cruzó el pasillo en dirección contraria y dijo:

—Me estaba ubicando.

Lisa regreso a su sitio y Tina le dio una botella de ginebra.

—Menudo idiota —dijo la punk.

—Lo has dicho tú, que eres su novia —respondió Lisa después de dar un largo trago de alcohol y devolverle la botella.

—Pero es buen tío —puntualizó Debbie, como si eso fuera más importante que muchas otras de las que se tenían en cuenta para enamorarse de alguien, casi como una justificación de su relación con Kevin, que también era un «buen tío».

Sintiéndose aludido, Kevin alzó la botella que sostenía y exclamó:

—¡Por Tommy!

—¡Por nuestro estúpido! —añadió Jason y todos lo repitieron antes de hacer chocar sus respectivas bebidas y salpicar con sus contenidos el suelo y los muebles en los que estaban.

Andando por los pasillos del centro comercial como si estuviera escuchando sus canciones favoritas por el sistema de megafonía, Tommy se alejó de la tienda de sofás hacia el enorme supermercado que ocupaba dos plantas de toda una ala del Crystal Mall. Había de todo, desde comida a herramientas, desde libros a pañales para bebé, todo lo que uno pudiera imaginar, seguro que estaba allí.

—Nos falta música —se dijo Tommy en voz alta—. Esto no será una auténtica fiesta si no hay música. ¿De dónde puedo sacar música?

Las palabras en voz alta le ayudaban a concentrarse en lo que estaba pensando, tenía una mente muy dispersa y podía despistarse con cualquier cosa... o al menos era lo que le había dicho la psicóloga cuando todavía era un chaval.

—Esa sí que estaba buena —pensó recordando a la doctora sexy—. ¿Cómo se llamaba? ¿Lucía?

Mientras su cabeza se iba por otros derroteros, no se dio cuenta que ya estaba pasando por delante de las cajas del supermercado.

—No recuerdo su apellido... pero si sus enormes melones...

Una fugaz relación de ideas lo llevó a pensar en comida y se percató de dónde estaba.

Saltó por encima de una de las barreras de seguridad y entró en el supermercado. Fingiendo una total normalidad, cogió un cesto de plástico de los que había en la entrada y empezó a recorrer los pasillos en busca de algo bueno para que sus amigos tuvieran los estómagos satisfechos durante la fiesta.

Como si estuviera haciendo la compra de la semana con su madre, Tommy miró a su alrededor para ubicar los productos que le interesaban, pero se dio cuenta de algo con lo que no contaba: no había luz. En aquella zona del centro comercial había pocas luces de emergencia y ni la luna ni las estrellas se veían a través del techo.

—No se ve una mierda.

Ralentizó la marcha y, poco a poco, se fue acercando al principio de cada pasillo tras el rastro de lo que buscaba y descartando los pasillos en los que había productos para bebé, higiene femenina o verduras.

—Patatas fritas, galletas, refrescos y alcohol... algo más de alcohol —se dijo—. Si llego a tener esta idea esta mañana, no me hubiera gastado la pasta en comprarlo.

Después de un rato que se le hizo eterno al no saber muy bien dónde estaba y guiándose solo por sombras, llegó al pasillo de los aperitivos.

—Por fin... —suspiró alzando la vista.

Sin embargo, la alegría le duró poco, ya que se dio cuenta de que en el interior del pasillo aún veía menos.

—Hubiese tenido que traer una linterna... y si busco una en... —No terminó la frase, en seguida se dio cuenta de que las linternas debían estar con las herramientas, en la planta superior y, sin luz, aquello sería una odisea.

Sin otra solución, buscó con la mano la estantería más cercana, cogió la primera bolsa de patatas que sus manos detectaron y se la acercó tanto como pudo al rostro. No vio nada y palpándola le costaría averiguar que contenía.

—Mierda —refunfuñó—. Si solo tuviera algo de luz, no hace falta que sea una linterna, no sé, una cerilla o un mechero o... —Se llevó la mano a la frente—. Mira que eres idiota, Thomas.

Del bolsillo trasero de su pantalón extrajo su mechero tipo *zip* y lo encendió

con el estilo que lo caracterizaba, haciendo que la llama iluminara como si fuera un sol en el pasillo del supermercado.

Con una sonrisa de triunfo pudo comprobar que patatas fritas tenía en la otra mano y, tras unos segundos de reflexión, las añadió a la cesta... al fin y al cabo, no tendría que pagar nada de lo que metiera allí. Por fin podría ir más deprisa en su tarea y regresar con los demás antes de que se terminaran todas las bebidas.

A pesar de contar con poca luz, ahora había llegado el momento de empezar a hacer la «compra» para la fiesta en una tranquila y sosegada soledad... pero no estaba solo. Alguien lo seguía a pocos metros deslizándose con suavidad por el suelo encerado. Alguien que contaba con la ventaja de no necesitar luz para recorrer aquellos pasillos que conocía al dedillo, al recorrerlos cada día para reponer los productos que los clientes cogían... pero Tommy no era un cliente, era un extraño, un asaltante, un ladrón.

4

A pesar del cosquilleo de ira que lo había recorrido desde el momento en que había visto al grupo de adolescentes, al principio quiso pensar de forma razonable. Era probable... No, era seguro que habían roto alguna cosa para poder entrar de noche allí. Sí, estaba claro que no iban a hacer cosas buenas. Pero quiso darles un voto de confianza. Algo en su interior le decía que no todos los adolescentes eran malos... sin embargo, se equivocó. En seguida vio como se colaban en la tienda de sofás reventando la cerradura como burdos atracadores y no pudo evitar que sus manos temblaran de furia. Debía hacer algo, debía actuar. No podía permitir que cualquier invadiera su espacio.

Oculto en un esquina, en un pasillo que llevaba a los baños, observó como el grupo de extraños se acomodaba en la tienda de sofás y empezaba a sacar bebidas alcohólicas de las bolsas. Apretó la mandíbula. Al cabo de un rato, no demasiado, uno de ellos salió, fue en una dirección pero luego, cuando una de las chicas le gritó, se fue hacia el otro lado. ¿Debía aprovechar para seguir al que se había separado? ¿O era mejor permanecer alerta por lo que podían hacer los otros? Dudó como jamás había dudado. Pegó su cuerpo a la pared, sintiendo el frío de las baldosas de imitación de mármol.

Vio como el chico se alejaba de él. Si se quedaba, solo podría observar. Si iba tras el que se había ido, podría empezar a actuar. Pero ¿qué quería decir eso?

Llevado por un impulso salió de su escondite y, sin abandonar las sombras, fue tras el chico. Iba tranquilo, como si lo que estuvieran haciendo él y sus amigos no tuviera la menor importancia. Con cada pensamiento, con cada imagen mental de lo que podrían llegar a hacer aquellos adolescentes, la tensión de su cuerpo crecía a marchas forzadas.

Oyó desconcertado como el chico hablaba solo.

Vio sorprendido como se detiene frente al supermercado.

Contempló atónito y enfurecido como salta la barrera de seguridad.

Observó enfurecido como empieza a recorrer los pasillos... sus pasillos, con total impunidad.

Pero lo que realmente lo perturbó fue ver como el chico encendía el mechero y empezaba a meter productos en el cesto, unos productos que tenía muy claro

que no pagaría. Sus manos se cerraron en puños tan fuerte que sus nudillos se tornaron blancos. Impulsivamente cogió lo primero que encontró, una herramienta que solía usar: un etiquetadora. Uno de esos objetos con forma de pistola que servía para poner precios a todos los productos. No sabía el precio que se indicaba en aquel momento, pero sí el que aquel chico debía pagar.

Con el mechero como si fuera una poderosa antorcha, Tommy se desplazaba por los pasillos metiendo en el cesto todo aquello que creía que sería necesario para saciar el hambre que tenían sus amigos. Y lo que era más grave, el hambre que tenía él. Era normal, tanto rato mirando comida sin probar bocado estaba haciendo que sus tripas rugieran con fuerza. En una mano llevaba el *zippo*, en la otra el cesto, no podía comer nada de lo que había cogido. Ni patatas fritas, ni galletas de chocolate, ni bollos de canela... nada. Ahora, para más lamento, había entrado en el pasillo de los frutos secos, una de sus debilidades, y se moría por unos buenos cacahuets con miel.

—Tendría que haber venido con Tina o uno de los chicos —se quejó—, así, al menos esto sería divertido.

Soltó un suspiro hastiado, ahora ya no podía hacer nada, así que lo mejor era que se pusiera las pilas y terminara con la «compra». Rio, cada vez que pensaba que podría llenar un carrito entero y meterlo en su furgoneta sin pagar, no podía evitar de que la situación lo divirtiera.

Un ruido a su espalda lo sobresaltó.

—¡Joder!

Se giro y con la temblorosa luz de la llama en su mano observó a su alrededor.

Nada.

Tampoco sabía que podía haber sido aquel ruido. No pudo identificarlo, tal vez era alguno chasquido del centro comercial. No se preocupó demasiado y prosiguió con su tarea.

Observó el estante que tenía en frente. Sí, aquel era el de los cacahuets, ahora solo le faltaba encontrar los de la marca que solía comer.

De nuevo lo sobresaltó un ruido... el mismo ruido.

Volvió a girarse y examinó de nuevo su alrededor, no había nada fuera de lo normal... salvo una bolsa gigante de cacahuets en el suelo. Él no la había tocado y, mucho menos, tirado. Además, no había escuchado el ruido de la bolsa al caerse, aquel ruido era diferente, un chasquido, como un golpe seco.

Tommy se sacudió el escalofrío que se había apoderado de su espalda y siguió, ya no era un niño para asustarse de la oscuridad. Además, allí estaban solos y si había alguien que los pudiera interrumpir, como un tipo de seguridad o de mantenimiento, no se andaría con jueguecitos tontos, habría encendido las luces y lo hubiera detenido a la primera que hubiese podido.

Por tercera vez volvió a escuchar aquel ruido.

—¡Joder! —exclamó girándose e iluminando con su mechero, pero no pudo ver nada, frente a él, a escasos centímetros, había alguien pegado que le cerraba el campo de visión.

Entonces lo entendió todo, no podía haber otra explicación.

—Ja, ja, ja. Muy gracioso, Jason, ya has jugado suficiente conmigo... —dijo alzando el mechero hasta el rostro, pero el que tuvo en frente no era el que esperaba ver—. Tú no eres Jason.

Ante él la tenue luz del mechero proyectaba las sombras sobre un rostro redondo, casi con forma de patata o pera, en el que una sonrisa incómoda y unos ojos perturbados lo observaban.

Tommy no tuvo tiempo de preguntar quién era, ni de quejarse por la interrupción, ni tan siquiera pudo pensar en nada, ya que un contundente golpe fue a parar al centro de su frente, entre dos ojos desconcertados, pegándole una etiqueta de diecinueve con noventa.

«Su cerebro no vale ni la mitad», se dijo el agresor con la etiquetadora alzada para seguir asestándole golpes.

Con el segundo golpe, el mechero y el cesto de la compra medio lleno cayeron al suelo.

Con el tercero, la sangre afloró en su frente.

Con el cuarto, se oyó el crujir de su nariz al romperse.

Con el quinto, las piernas de Tommy se doblaron por el dolor y cayó al frío suelo del supermercado.

Sin poder controlarse, ni refrenarse un poco. El agresor se sentó a horcajadas sobre Tommy, como tantas veces se había sentado Tina sobre él, y siguió

golpeándolo, salpicando de sangre, hueso y sesos todo cuanto le rodeaba. Había manchas por todas partes: por el suelo, en los productos de las estanterías, su uniforme, la plaquita con su nombre, que quedó oculto bajo el rojo de la sangre... todo.

Tommy ya no existe. Su último pensamiento, aunque un poco inapropiado, es para su novia, pero ya. Nada más. El vacío más absoluto. Todo cuanto quedó de él estaba esparcido sobre un charco de sangre cada vez más grande en el pasillo de los frutos secos del supermercado del Crystal Mall.

Se levantó lentamente, sintiendo el calor de la sangre que le cubría el pecho. Ante él descansaba la primera de sus víctimas, pero él no sintió remordimientos. Su pecho respiraba acelerado por el ejercicio físico, no por la tensión, esta había desaparecido por completo. Todo su cuerpo se había visto apoderado por una sensación de libertad. Aquello era maravilloso, había dejado de controlarse, se había soltado. Por fin era quien había sido siempre.

Una gota de sangre se descolgó de la manga corta de su uniforme, resbaló por su antebrazo hasta llegar a su mano, para pasar después a la etiquetadora que no había soltado y que, ahora, era roja, donde cogió fuerza, se hizo más grande y se desprendió para caer al charco de sangre que tenía bajos los pies.

Sin apenas parpadear clavó su mirada en la imagen que le ofrecía la luz del mechero. El cuerpo inerte de aquel adolescente con el rostro desfigurado por sus golpes. Ladeó suavemente la cabeza y su sonrisa creció hasta no encontrar límites, aumentando su gesto de perturbado.

«Este ha sido el primero... ahora debo encargarme de los demás», se dijo.

Abrió la mano, la etiquetadora cayó al suelo, giró sobre sus talones y se alejó del lugar, sumergiéndose en las sombras, lejos de la tenue luz del mechero y de su propietario.

5

A pesar de la ausencia de Tommy, la fiesta fue en aumento. Fue como si el hecho de que desapareciera el mayor de todos ellos, el que realmente desentonaba con la conexión que había entre esos seis adolescentes, los hubiera liberado. El alcohol corría a mayor velocidad y las risas fueron en aumento. Aunque ninguno de ellos quisiera admitirlo, lo cierto era que aceptaban a Tommy en el grupo, no solo por ser el novio de Tina, sino por la furgoneta y la posibilidad de que les comprara cervezas... al fin y al cabo era lo único para lo que resultaba útil un adulto en un grupo de jóvenes con ganas de ir de fiesta.

—¡Uy! —exclamó Debbie de repente con cara de espanto—. Creo que he bebido demasiado. —Y soltó una risotada antes de volver a sobresaltarse y exclamar de nuevo—: ¡Uy!

—¿Qué pasa? —preguntó el atento Kevin un tanto preocupado acercándose a su novia.

Ella rio de nuevo y se sobresaltó.

—He bebido demasiado.

—¿Estás bien? ¿Estás mareada? —insistió el chico.

Debbie soltó una carcajada que cortó abruptamente con un nuevo:

—¡Uy!

Lo que volvió a hacerla reír, entrando un bucle un tanto absurdo.

—No, solo he bebido demasiado y...

—¡Que se está meando! —exclamó Tina.

Todos rieron y Debbie volvió a sobresaltarse.

—¿Es eso? —preguntó Kevin mirando de nuevo a su chica.

—Sí... Y cada vez que me rio, me entran más ganas, pero al sentirlo, me vuelve a entrar la risa y... —No pudo controlarse y se rio de nuevo, entrando de nuevo en el bucle.

Kevin soltó un bufido y volvió a su sitio.

—Todo un caballero —apuntilló Tina alzando su botella.

El novio de Debbie la miró de reojo y con el ceño fruncido.

—Creo que iré al baño, no puedo seguir así —dijo Debbie levantándose a la vez que se cubría la entrepierna.

Kevin, molesto por el comentario de la punk, hizo ademán de levantarse a la vez que decía:

—Está muy oscuro, vamos, te acompaño.

Debbie lo detuvo.

—No hace falta, puedo ir sola. No me va a pasar nada.

Kevin la miró en las sombras, insistiendo con la mirada.

—Tranquilo —respondió seria Debbie—: Sí que eres un caballero.

Los dos se sonrieron y Kevin regresó a su sitio, mientras que Debbie se encaminaba hacia la salida de la tienda de sofás dando saltitos.

El que se levantó entonces fue Jason.

—Espera, Deb, que vengo contigo —dijo.

Todos los demás lo observaron y se dedicaron cómplices miradas, salvo Kevin que no dejaba de contemplar a su chica.

—Yo también iré, creo que estoy sufriendo del mismo mal... He bebido demasiado —afirmó soltando una carcajada—: Además, a mí sí que no me gusta la oscuridad.

Debbie se detuvo y lo miró con una sonrisa pícaro.

—¡Va! No te entretengas que si no me lo voy a hacer encima.

Todos rieron y vieron como la pareja, de amigos, salía de la tienda de sofás y se perdía en la oscuridad del centro comercial.

Después de que desaparecieran, los demás permanecieron en silencio unos instantes que se alargaron, y el motivo no era otro que el tema de conversación que querían compartir pero que, como Kevin estaba presente, ninguna de ellas se atrevía a sacar.

Tina tosió, incómoda.

Lisa y Emily se intercambiaron miradas huidizas.

Solo Kevin parecía permanecer tranquilo, recostándose de nuevo en su sitio, dando un trago de la botella que tenía en la mano. El sabor del líquido le supo extraño y, con cara de asco, miró la etiqueta y al leer lo que contenía, asintió como comprendiendo que ya no sabía lo que estaba bebiendo.

—Mezclar es malo, chicas —dijo con una sonrisa.

Ellas se miraron y, para sorpresa de todos, fue Lisa la que respondió.

—Tienes toda la razón... y no solo con la bebida.

Kevin asintió, pero no dijo nada, no había pillado la indirecta.

—Lo mejor es beber solo de una sola botella, aunque a veces nos gustaría probar de otras, ¿no? —insistió Lisa.

El chico volvió a asentir.

—Aunque sabes que no haces lo correcto bebiendo de otra botella, porque te sentará mal después, ¿no, Kevin?

Por fin, el chico la miró y frunció el ceño.

—Claro que sí, pero no entiendo a qué viene tanta insistencia con lo de mezclar bebidas, ni que fueras una consejera del insti.

Tina soltó un resoplido de desesperación y exclamó:

—Te está diciendo que Debbie te pone los cuernos con tu mejor amigo.

Kevin lo miró desconcertado e incrédulo.

—No, yo creo que no, solo son dos amigos que han ido al baño juntos... bueno, cada uno al suyo.

—Pareces tonto, Kevin —le espetó la punk.

—¿Por qué? ¿Por confiar en ellos? ¿Por ser maduro y adulto y respetar que Debbie pueda compartir el tiempo con más personas?

—No, no lo pareces, eres tonto —sentenció Tina.

Kevin se enfurruñó ante las palabras de la que creía su amiga.

Esta, sorprendida, miró a Lisa y Emily y le preguntó a esta última.

—Tú que hace menos tiempo que estás por aquí, ¿a que ves que entre esos dos hay algo más que amistad?

Emily dudó y más cuando Kevin la observó atentamente, como si esperase que su respuesta pudiera resolver todas las dudas de Tina... hasta que se la dio.

—Sí —dijo tímidamente—, creo que no ves lo que está sucediendo.

—Gracias —añadió Tina con aspavientos—. Y, si no nos crees, ve a buscarlos.

—¿Y si me pillan? —preguntó inocente.

—Lo dicho, eres tonto. ¡Piensa! Diles que tú también has tenido que ir a mear, joder —le espetó la punk mientras que las otras dos chicas asentían con la cabeza.

Kevin las observó a las tres, pero no se movió.

—¿A qué esperas?! —le reprendió Tina a gritos—. ¡Va! ¡Ve tras ellos!

—Sí, claro... Voy... —respondió el chico levantándose y saliendo a paso ligero en busca de su chica.

En cuanto sintieron que ya no estaba con ellas, las tres chicas empezaron a reír incómodas.

—Pobrecito —dijo Emily llevándose una mano al pecho—, parece buen tío.

—Demasiado bueno —puntualizó Tina y, después de dar un trago de su botella, añadió—: Pobre chaval, como Debbie no deje de ir de flor en flor, le romperá el corazón.

—¿Que va más allá de Jason? —preguntó Emily.

Las otras dos se miraron y rieron.

—Bastantes más —apuntó Lisa.

—Piensa que incluso lo probó con Tommy, pero él es igual de tonto —explicó la punk—. Y, hablando de Tommy, ¿dónde se habrá metido?

Lisa miró su reloj.

—Es verdad, ya hace un buen rato que se fue a por provisiones.

Tina sacudió la cabeza.

—Con lo bien que estoy aquí. Seguro que el muy idiota se ha despistado con cualquier tontería y ahora tengo que ir a buscarlo... Emily ven —ordenó sin más.

La chica se levantó igual que lo hizo Lisa, pero Tina detuvo a esta última.

—Tú, quédate.

—¿Por qué me tengo que quedar yo sola?

—Tiene que haber alguien para vigilar el fuerte. —Y con sonrisa pícara añadió —: Además, Kevin regresará dentro de poco y necesitará un hombro sobre el que llorar.

Lisa sonrió y volvió a sentarse. Tina le guiñó un ojo y tiró de Emily para dejar sola a su amiga.

—Venga, vamos, a ver si esta noche sirve para aclarar las cosas. Además, me preocupa el estúpido de Thomas, conociéndolo seguro que está en un rincón del súper debatiéndose entre que bolsa de patatas coger.

Emily no dijo nada, solo se dejó llevar y se sumergió en la oscuridad junto a su nueva amiga, dándose cuenta que aunque todos daban por hecho que Debbie era la líder del grupo, la que realmente cortaba el bacalao era aquella rebelde sin causa.

Kevin no sabía que creer. Era cierto que siempre había dudado sobre su relación con Debbie, por muchos motivos, pero el principal era que ella era la

chica más popular del instituto y habría podido escoger a cualquiera, pero lo había escogido a él. Se gustaban, se querían, él no había tenido dudas sobre ello, Debbie solía demostrarlo con mayor efusividad; lo que lo carcomía por dentro era lo que Tina y las otras chicas habían insinuado: le ponía los cuernos. ¿Podía quererlo y también ser insaciable hasta el extremo de liarse con su mejor amigo?

«No, no y no», sentenció para sus adentros.

No podía creerlo y no lo creería... salvo que lo viera con sus propios ojos.

Sus pasos eran rápidos, ansiosos, estaba claro que quería zanjar ese tema y regresar con los demás junto con su novia y su mejor amigo demostrando a Tina que se equivocaba. Pero si Lisa siempre tenía una buena idea, Tina no solía equivocarse en ese tipo de cosas. Al fin y al cabo, ella había sido la que lo había puesto en el camino correcto para que su relación con Debbie fuera posible. Si no hubiese sido por ella, él aún estaría esperando tras la barrera, como tantos otros que bebían los vientos por la gran e increíble Debbie Pearson.

Un ruido a sus espaldas lo distrajo de sus pensamientos. Instintivamente se detuvo y giró sobre sus talones, pero no había nada.

Su mente regresó rápidamente a sus preocupaciones, suficiente tenía con pensar en Debbie y Jason juntos como para darle vueltas a un ruido, cuando todo el mundo sabía que, de noche, todos los edificios crujían.

Aceleró el paso y a pesar de que escuchó de nuevo ese ruido, no se fijó en él, su mente pasó por alto esa amenaza, y encaminó todo su cuerpo hasta el baño más cercano a la tienda de sofás, al que, con mayor probabilidad, habían ido Jason y Debbie. Por un segundo esperó encontrarlos en la entrada, charlando, esperándose el uno a la otra, como sucedería en cualquier situación normal. Sin embargo el corazón se le encogió al oír unos murmullos que no pudo identificar.

«Estarán hablando de un baño a otro», se dijo inocentemente mientras se acercaba cada vez más.

Poco a poco, se dio cuenta que si bien los murmullos eran voces, no se trataba de una conversación, sino que la mayor parte de las palabras estaban interrumpidas por gemidos y gruñidos de placer.

«Oh, no», se dijo sintiendo como le temblaba el labio. «Porque Tina siempre tiene razón», se lamentó.

Inconscientemente, y sin poder evitar acercarse, mantuvo el silencio, apenas respiró, y se dejó guiar por el origen de los gemidos. A pesar de todo, quería

asegurarse de que los pillaba, no quería cometer un error y darles tiempo para que pudieran esgrimir la tan conocida frase de «esto no es lo que parece», porque se conocía y los acabaría creyendo aunque los hubiese escuchado gemir como animales.

No sabía si por que se acercaba más, porque le dolía más de lo que se esperaba o porque Debbie y Jason estaba haciéndolo con más intensidad, a medida que se fue aproximando al baño de chicas —de donde provenían los gruñidos sexuales—, cada vez podía escuchar que los gemidos eran más y más intensos.

Suavemente entreabrió la puerta del baño rezando para que las bisagras no chirriasen y los vio. De pie al fondo del baño, bajo la luz de emergencia, Debbie y Jason tenían sus cuerpos pegados y se bamboleaban en una especie de danza ritual. Él con los pantalones y la ropa interior por los tobillos embestía una y otra vez el cuerpo contorsionado y curvilíneo de ella, cuya falda de animadora rebotaba a cada sacudida.

Sintió como su corazón se rompía.

«Mierda», protestó para sus adentros sin saber qué sentir. ¿Estaba ofendido? ¿Dolido? Sacudió la cabeza.

Dudó en qué hacer, ¿interrumpirlos o retirarse? Pero él no era un tipo duro, él no era el *quarterback* del equipo, ni el mejor de la clase, ni nada... él era un don nadie, un cobardica. Se fue y desandó sus pasos, ocultándose en las sombras para volver con las chicas, al menos no estaría solo.

Aunque lo que Kevin no había sabido en ningún momento era que no había estado solo. Una figura grande y desgarrada lo había seguido, lo había acechado, pero al encontrar una presa más interesante, había permitido que se fuera, ya tendría tiempo de ir a por ese pobre muchacho.

6

En cuanto el solitario y traicionado se fue, él imitó sus movimientos y abrió la puerta del baño de mujeres lentamente, no quería ser descubierto... todavía.

La escena que se presentó ante él era de una lascivia extrema.

«Malditos adolescentes promiscuos», se dijo al contemplar aquellos dos jóvenes dejándose llevar por la pasión. A pesar del rechazo que le provocaba lo que estaba viendo, se relamió los labios de manera instintiva. ¿Era normal aquella contradicción? ¿Le podía gustar y dar asco por igual? No lo sabía, no era psicólogo y no iría a uno a preguntarle. Tenía suficiente con verlos, ajenos de que alguien los estaba observando.

Repentinamente, la mano derecha del chico liberó uno de los voluptuosos pechos de la chica y él sintió un cosquilleo en la bajo vientre. Lo que sintió a continuación por todo su cuerpo le resultó incómodo, le hizo verse débil, fácil de sugestionar... Aquello sí que no le gustó.

Sin saber que los estaban mirando tan fijamente como lo hacía la sombra entre la oscuridad, la pareja de chicos empezó a moverse para mantener el ritmo de manera ansiosa. Era como si tuvieran prisa por terminar y, a la vez, no tuvieran ganas de acabar jamás. Si fuera por ellos, aquel polvo duraría hasta el fin de los tiempos. Literalmente, se estaban dejando llevar. Sus gemidos y sus gruñidos les impedían escuchar lo que ocurría a su alrededor, y las miradas fugaces que se dedicaban una a otro, entre pícaras y lascivas, con el sudor recorriendo sus cuerpos, les impedía ver cualquier otra cosa que no fuera la persona con la que, en aquel instante, estaban conectados.

No pudieron ver que la puerta del baño se abría más.

No vieron que una figura grande y desgarbada cruzaba el umbral.

Ni que se acercaba a ellos sosteniendo algo en su mano derecha, algo largo y afilado.

Ni, por supuesto, que lo estaba levantando para descargar un certero y potente golpe contra ellos.

Todo sucedió en un instante. Mientras agarraba con fuerza a Debbie por la cadera para que no se alejara con él a cada arremetida que le daba, Jason repasaba los detalles del cuerpo de la chica más perfecta que jamás hubiese

conocido. Su trasero, su espalda, sus hombros, su cuello. Pero antes de que pudiera mirar la línea de ese largo cuello que subía con suavidad hasta la parte trasera de las orejas, algo bajó de repente e impactó contra el trapecio de Debbie, provocando una explosión de sangre que le salpicó el rostro y los ojos, cegándolo por un momento.

Más desconcertado que asustado, Jason se desarraigó del cuerpo de Debbie y trastabilló con los pantalones en los tobillos mientras se limpiaba la cara de lo que, sin lugar a dudas, era sangre... sangre de Debbie. Pero antes de que pudiera chillar, ahora sí, asustado, fue ella la que chilló despavorido hasta soltar un alarido de dolor.

Cuando Jason pudo abrir los ojos vio frente a él a Debbie gritando y con un destornillador clavado en el hombro, que se movía nerviosa y buscaba su ayuda.

—¡Sácamelo, Jason! ¡Por favor! —exclamó mientras la sangre salía a borbotones de la herida, salpicando cuanto había a su alrededor.

Jason, el *quarterback*, el rey del baile, se quedó paralizado sin saber qué hacer. De repente, se convirtió en el chico que era, un inocente adolescente que nunca tenía muy claro que hacía y se dejaba llevar.

—¡Ayúdame, Jason! Por favor...

Más repentinamente de lo que Jason se hubiera imaginado jamás, la voz de Debbie se apagó, un gesto de desconcierto se apoderó del rostro de la chica, parpadeó desacompasadamente y sus rodillas se doblaron. En cuestión de segundos se había desangrado, la herida debía haber tocado alguna arteria importante. Sin ya controlar su cuerpo, Debbie cayó de frente contra el suelo encharcado de sangre.

Jason, todavía con los pantalones por los tobillos, estaba paralizado en aquel baño, rodeado de las puertas de inodoros salpicados por la sangre de Debbie. No sabía qué hacer, no entendía nada. Ni tan siquiera se había percatado de la presencia de una tercera persona en los baños, o al menos no lo hizo hasta que la sombra de un hombre alto y corpulento se acercó a Debbie.

Sin prestar atención a Jason, extrajo el destornillador de la herida y lo examinó durante unos segundos, mientras la sangre chorreaba por su mano. Hasta que, con una furia y una fuerza inaudita, se ensañó con la espalda de Debbie, agujereándola como si fuera de papel.

—¡Jo-Joder! —no pudo evitar exclamar Jason, petrificado.

El hombre dejó el destornillador clavado en la espalda de la chica y, súbitamente, se abalanzó sobre Jason. Este, sin poder moverse, no pudo evitar la embestida y terminó golpeando con toda la parte trasera de su cuerpo contra la pared embaldosada del baño, que crujió por el impacto.

Jason sentía como las poderosas manos de ese individuo, del que apenas podía discernir el rostro con forma de patata, lo cogían por el pecho, hiriendo sus músculos. Después del primer impacto, hubo un segundo, un tercero, un cuarto... Las baldosas se rompían a cada golpe, así como los huesos de Jason, que cada vez sentía como su mente se alejaba de aquel horrible presente, apenas era consciente de sus funciones corporales.

Con un rápido movimiento, el hombre le soltó el pecho y lo cogió por el cuello, apretando cada vez más y más, mientras seguía golpeando a Jason contra la pared.

Todo terminó con un crujido, el del cuello de Jason al romperse, con el que su mente se evadió de su cuerpo maltrecho, y su cabeza se dobló como la de un pollo de goma. Aún así, la amenazadora figura aún le golpeó unas cuantas veces antes de darse cuenta de que el chico ya no respondía a sus contundentes estímulos.

Sin soltarlo, se detuvo y se acercó al rostro para mirarlo mejor.

Había muerto. Con la chica y el del supermercado ya sumaban tres.

Aflojó sus garras y el cuerpo de Jason cayó al suelo, con la cabeza torcida del revés, muy cerca de la de Debbie. En apenas unos minutos, habían desaparecido dos de las figuras más populares del instituto.

Un instante después, el baño volvía a estar en silencio y la luz de emergencia solo iluminaba los cuerpos de Jason y Debbie, ya no llevados por la pasión y el desenfreno, sino cubiertos de sangre y sin vida.

Cuando Kevin regresó a la tienda de sofás, lo hizo tan cabizbajo y centrado en sus pensamientos que tardó en darse cuenta de que Lisa estaba sola.

—¿Dónde están Tina y la nueva? —preguntó sin más, como si aquello fuera más importante que lo que acababa de descubrir.

—Han ido a por Tommy, me han dejado de guardia y custodia de nuestra

fortaleza —respondió Lisa intentando sonar divertida, algo que solía costarle.

Jason asintió, como si fuera lo más lógico, y se detuvo, titubeante, sin saber exactamente qué hacer. Para él, la fiesta había terminado, pero tendría que seguir allí hasta que lo llevaran a casa y...

—¿Has encontrado a Debbie y Jason? —preguntó Lisa, de repente, interrumpiendo los pensamientos de Kevin.

En un primer momento, el chico dudó en responder, pero algo tendría que decir cuando eran las chicas las que lo habían enviado tras la pista de aquellos... aquellos... no sabía que palabra usar.

—Sí.

—¿Quieres hablar sobre ello? —preguntó Lisa que, sin necesidad de ser la más lista de clase, no le había costado entender que había encontrado al *quarterback* y a la animadora en un momento íntimo y el corazón se le había roto.

—No, por ahora creo que no.

—Está bien. —Lisa hizo una pausa—. Siéntate conmigo.

—No, gracias, estoy bien y...

—No es ni una pregunta ni una sugerencia.

Kevin alzó la mirada por primera vez y vio la resuelta mirada de Lisa.

Sin rechistar, se acercó a la chica y se sentó a su lado. Ella, ni corta ni perezosa —y seguramente llevada por el alcohol que había ingerido—, pasó su brazo por encima de sus hombros y lo obligó a que recostara la cabeza en su pecho.

Por un segundo, Kevin cayó en la cuenta de que Lisa también estaba bastante bien servida en la parte alta de su cuerpo, pero el suave beso que sintió en la coronilla, provocó que se relajara y dejara de pensar en los pechos de su amiga.

—Gracias —susurró el chico.

—De nada.

Tina y Emily sortearon las barreras que bloqueaban el paso al interior del supermercado, pero antes de adentrarse, la punk cogió la típica linterna de juguete que solía haber en las líneas de cajas con el rostro de Skeletor y la cargó con un par de pilas.

—Vamos.

Las dos chicas, precedidas por el tenue halo de luz que ofrecía el villano de Másters del Universo, se adentraron a paso ligero en el supermercado, revisando los pasillos que se abrían a izquierda y derecha.

—Tommy, ¿dónde estás? —preguntó Tina.

Pero al no obtener respuesta, algo en su interior le dijo que algo no iba del todo bien.

—Tengo un mal presentimiento —afirmó.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Hay algo que no me cuadra, mi novio es tonto, pero no tanto como para perderse en un supermercado a oscuras.

Emily sonrió, pero Tina no.

Siguieron, pasillo tras pasillo, haciendo que a su alrededor solo se oyeran el repiquetear de su calzado sobre el suelo. Era como si estuvieran absolutamente solas, no solo en el Crystal Mall, sino en todo el mundo. Algo que empezó a incomodar a Emily, que no es que tuviera miedo a la oscuridad, pero la sensación de vacío la descolocaba un poco.

—Si Tommy está en el súper, debe de andar por aquí... —afirmó Tina enfocando el cartel que anunciaba que aquel era el pasillo de los aperitivos.

Pero no hubo suerte, siguieron buscando en el de las galletas, en el de los bollos, en el del alcohol... hasta que dieron con el de los frutos secos y ya no tuvieron que seguir buscando.

—Mierda, Tommy... —dijo con un hilo de voz Tina enfocando la sangrienta escena que había en el suelo.

—¿Co-Cómo sabes que se trata de él? —preguntó Emily con voz temblorosa y las dos manos frente a la boca, consternada, a la vez que sentía como un escalofrío le recorría el cuerpo y amenazaba con mezclarse con una arcada. Pero Emily no tenía fuerzas para aquello, el alcohol la había adormilado lo suficiente como para poder sentir mucho más miedo y asco del que jamás se hubiera podido imaginar.

Sorprendiendo a su nueva amiga, Tina se agachó y cogió el *zip*po que había en el suelo y que se había salvado de mancharse de sangre y entrañas.

—Se lo regalé yo...

Unas grandes lágrimas surcaron su rostro al mismo momento en el que sentía como Emily se abrazaba a su brazo.

—¿Qué ha sucedido? ¿Quién le ha hecho eso? ¿Por qué?

Tina enfocó la linterna hacia su rostro y respondió.

—Debemos ir a por los demás —dijo con firmeza, hacia lo imposible para que la muerte de Tommy no le afectara, al menos por ahora.

—¿Por?

—No estamos solos.

Emily ahogó un grito de terror, Tina la cogió de la mano y tiró de ella. Las dos chicas salieron corriendo siguiendo sus propios pasos con un solo pensamiento en mente, avisar al resto del grupo y advertirlos de que aquella noche de fiesta se había terminado, debían salir pitando del centro comercial y salvar el pellejo antes de que les ocurriera lo mismo que a Tommy.

Sin embargo, en su interior, Tina, que no podía borrar de su mente la imagen de su novio muerto, no pudo evitar hacerse una promesa: «Esto no va a quedar así».

Tina y Emily irrumpieron atropelladamente en la tienda de sofás. Aunque ese no era el momento adecuado teniendo en cuenta lo que acababan de ver, la escena que contemplaron las conmovió. Lisa consolaba a Kevin, y a pesar de que no eran como Debbie y Jason, supuestamente perfectos en todos sus facetas, hacían muy buena pareja.

Les supo mal interrumpirlos.

Tina carraspeó sonoramente.

Kevin se alzó de golpe, nervioso, y Lisa se alisó la ropa.

—Esto no es lo que parece... —dijo ella.

—Sí, sí que lo es —afirmó Tina, pero en seguida algo se volvió a quebrar en su interior, una imagen la devolvía una vez tras otra al presente.

Al ver la expresión de su rostro y, sobre todo, el gesto desencajado y la tez pálida de Emily, Kevin preguntó:

—¿Pasa algo?

—Es Tommy —respondió Tina.

—¿Está bien?

Un segundo de silencio.

—No, está... está... —Se detuvo una vez más, recordando lo que acababa de ver en el supermercado, tragó saliva y concluyó—: Está muerto.

—¿¡Qué?! —exclamó Kevin mientras Lisa abría lentamente la boca, paralizada por la noticia—. ¿Qué ha pasado?

—Le han... —a Tina le costaba articular las palabras—. Le han aplastado la cabeza hasta hacerla puré.

Kevin alzó una ceja, incrédulo.

—No me lo creo —dijo—, seguro que es una de sus bromas y de repente aparecerá haciendo el guarro con salsa de tomate.

—No es ninguna broma, Kevin, te lo juro —contestó Tina con severidad—, está tirado en el suelo del súper y de su cabeza solo queda un amasijo de... de... no sé de qué.

Kevin fue a responder, defendiendo su postura, pero Emily había dejado de estar blanca y un tono amarillento le subió por el cuello, casi a la vez que el vómito

que expulsó de su cuerpo sobre el sofá que tenía más cerca.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Va en serio, Tina? —preguntó Lisa, interviniendo por fin tras la noticia.

—Muy en serio, y si no me creéis venid conmigo y os deleitáis con la imagen —sentenció molesta la punk.

A pesar de confiar en la palabra de su amiga, tanto Lisa como Kevin tenían sus dudas, muchas habían sido las bromas pesadas de Tommy que habían tenido que soportar y tenían cierto reparo ante un hecho tan extremo como ese. Intercambiaron sendas miradas, como si debatieran qué hacer, hasta que Lisa asintió.

—Está bien, vamos —dijo Kevin levantándose y saliendo del local.

Lisa fue detrás y Tina se encaminó para guiarlos, pero Emily no se movió.

—Yo creo que me quedo —respondió con voz temblorosa.

Tina se detuvo.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Estás loca?

—No creo que pudiera soportar ver otra vez a Tommy... o lo que queda de él —dijo, sabiendo que aquello podía herir a Tina.

La punk tragó saliva sonoramente.

—Yo tampoco puedo verlo así, pero sí hay alguien capaz de hacerle algo así, no pienso dejarte sola aquí, a la espera de que te hagan lo mismo —sentenció.

Emily no pudo evitar sonreír al sentirse protegida de aquel modo.

Tina le correspondió el gesto.

—¿Se puede saber a qué esperáis? —espetó Kevin repentinamente.

Emily se unió a su amiga y los cuatro emprendieron la marcha ligera hacia el supermercado, pero Tina no pudo evitar decir:

—No te preocupes tanto, capullo, Tommy no va a moverse.

Pero las palabras de Tina quedaron en saco roto cuando las tres chicas y Kevin se detuvieron en el pasillo de los frutos secos.

—¿Decías? —preguntó Kevin con ironía.

Tina y Emily se quedaron sin palabras, en el suelo no había nada... bueno, algo sí que había, los restos de sangre y sesos secos esparcidos por doquier, pero del cuerpo de Tommy no quedaba ni rastro.

—No está... —dijo con voz temblorosa Emily, desconcertada.

Y aunque no se le pudiera ver en el rostro, el temblor de la luz de linterna

evidenciaba que las manos de Tina temblaban, y no frío, sino de terror.

Ninguna de las chicas sabía qué pensar o decir, la desaparición del cadáver de Tommy las dejó desconcertadas. Sin embargo, Lisa consiguió mantener la mente fría y dijo:

—Algo que no podemos discutir es que aquí hay mucha sangre y eso solo puede significar que lo que ellas decían era cierto, ¿no, Kevin?

El chico, todavía descolocado por la confirmación de la noticia, asintió dándole la razón a su amiga. Aquello salía de todos los parámetros de su vida cotidiana, era posible en una película, pero no en su aburrida vida de estudiante de instituto.

—No estamos solos —afirmó sin más el chico.

—Eso ya te lo dijimos nosotras —le reprochó Tina.

Kevin sacudió la cabeza para aclararse las ideas y miró a la punk.

—No, quiero decir que no estamos nosotros solos, que también están Debbie y Jason.

Las demás cayeron en eso y Tina hizo ademán de salir corriendo.

—Tenemos que avisarles —dijo antes de que Kevin la detuviera.

—No, iré yo.

—¿Seguro? —le preguntó Lisa, apoyando la palma en su brazo con cariño, consciente de lo que podría significar que Kevin se enfrentase a Jason y Debbie, incluso en aquella situación.

—Sí, debo hacerlo.

Lisa le acarició allí dónde tenía la mano y lo empujó.

Kevin, sin despedirse de las demás, giró sobre sus talones y se fue corriendo, sumergiéndose en la oscuridad, a la que ya todos se estaban acostumbrando.

Cuando el ruido de los pasos del chico desaparecieron, las tres chicas se miraron entre ellas. Se dedicaron sendas miradas de desconcierto y miedo.

—¿Estás bien? —le preguntó Lisa a Tina.

—¿Tú que crees? —le espetó la punk, molesta.

Pero Lisa no dejó que el gesto de dura de su amiga la intimidara y de un tirón se la acercó y la abrazó.

El silencio se apoderó de ellas, hasta que los suaves sollozos de Tina lo mellaron, momento en el que Emily se unió al abrazo.

—Y, ahora, ¿qué hacemos?

Tina se deshizo del abrazo, se secó el rostro y miró a sus dos compañeros.

—Seguir ese rastro y encontrar a Tommy.

—¿Y si...? —la empezó a interrogar Emily, pero la simple idea que había cruzado su mente la dejó sin palabras.

—Te refieres a qué haremos si encontramos a ese alguien que le ha aplastado la cabeza a Tommy como un melón.

Tina hizo una pausa y Emily aprovechó para asentir a la vez que tragaba saliva, algo que ya empezaba a escasearle.

—Pues lo voy a machacar.

Sin esperar a que ninguna de sus dos amigas interviniera, Tina llevó el halo de luz de su linterna infantil al suelo y siguió el rastro de la sangre de Tommy. Era como si alguien lo hubiese cogido por los pies y lo hubiese arrastrado por el suelo, dejando tras de sí esas grotescas migas de pan.

Aunque no estaban tan decididas como Tina, Emily y Lisa no esperaron demasiado en seguirla, ya que el solo pensamiento de quedarse a oscuras en ese lugar, sabiendo que un asesino podría caer sobre ellas, las aterrorizó.

Sin embargo, el miedo a la oscuridad fue rápida y súbitamente sustituido por el miedo a la luz, ya que un fogonazo las deslumbró a las tres, obligándolas a cubrirse los rostros a la vez que se quejaban sonoramente. Cuando sus pupilas se acostumbraron pudieron comprobar que todas las luces del centro comercial estaban encendidas. Y no solo las que iluminaban el supermercado, ya que al girar sobre sí mismas para comprobar aquella nueva realidad, pudieron ver que las de los pasillos y las otras tiendas también se habían encendido. Era como si todo el Crystal Mall se hubiera puesto en marcha, sobre todo cuando se pudo escuchar las musiquillas de las otras tiendas, los anuncios en algunos televisores y el hilo musical que las envolvió como si todo hubiese vuelto a la vida.

Aunque esto debería haberlas alentado, tranquilizado de algún modo, porque ya no se movían en la oscuridad, lo cierto es que en todo aquello había algo extraño. A pesar de haber roto el clímax de peli de terror, la luz aún les daba más miedo, ya que eso significa que quien fuera que las estuviera acechando sabía perfectamente como funcionaba el centro comercial y, en cualquier momento, podría aparecer por detrás.

—¡Hostia puta! —exclamó en un susurro Lisa, sintiéndose más amenazada que antes, ya que quien fuera que se había cargado al novio de Tina, ahora podría vigilarlas sin problemas.

—Cálmate —le ordenó la punk—, así nos ahorramos la linterna y el rastro será más fácil de seguir.

Estaba claro que Tina, a pesar del dolor y el sentimiento de venganza, estaba haciendo todos los esfuerzos para mantener su determinación en la tarea que se había impuesto, con el fin de centrar su mente en algo que no fuera la imagen de la cabeza de Tommy aplastada. Por lo que ninguna de las otras dos se sorprendieron cuando apagó la linterna, se la guardó en el interior de la chupa de cuero y prosiguió con su investigación

Lisa y Emily se miraron y la siguieron.

El grupo siguió ese rastro de un color que iba del rojo intenso al marrón y en el que había pequeños tropezones de colores blancos y rosados, sin pararse a pensar —y ni mucho menos comprobar— a que parte de la cabeza de Tommy pertenecían. Aquella señal, las llevó a salir del pasillo de frutos secos hacia el fondo, a la parte más alejada de la línea de cajas, y después seguir avanzando por un extenso lateral lleno de cajas, botellas y garrafas de diversas marcas de agua mineral.

La mancha roja destacaba sobre el impecable suelo blanco del supermercado de tal modo que las chicas pudieron ver en seguida que se alejaba y se veía interrumpido frente a la enorme persiana metálica que daba al almacén y en el que se podía leer: «solo personal autorizado».

—¿Seguimos? —preguntó Emily mientras se acercaban.

—Llegados a este punto, ¿crees que me importa un simple cartelito como ese? —le preguntó Tina—. Nos hemos colado aquí rompiendo una puerta y se han cargado a uno de los nuestros, me la suda si me dicen que me he saltado una norma como esa, si con eso consigo encontrar a Tommy.

La firmeza de sus palabras hizo que ninguna de las otras dos la contradijera y siguieran a su lado mientras reducían la distancia con esa persiana de color blanco.

—¿Sabes subirla? —le preguntó Lisa.

—No, pero lo averiguaré con tu ayuda —respondió Tina.

Pero antes de que pudieran alcanzar la persiana, cuando todavía les faltaban una docena de metros para estar a su lado, empezó a subir lentamente, chirriando.

—Mierda... —murmulló Tina, ya que eso solo podía significar una cosa, e,

instintivamente, las tres se detuvieron.

A medida que la persiana se fue enrollando en la parte superior de su marco, descubrió la silueta de un hombre grande de abajo a arriba. Era alto y grueso, con barriga salida pero de hombros anchos. Lucía el uniforme de manga corta de trabajador del supermercado, pero en lugar del inmaculado azul añil, destacaba por un tono marronoso que casi lo cubría de los pies al pecho de manera abstracta. Y, a ambos lados de su cuerpo colgaban unos musculosos brazos de los que goteaba sangre fresca.

—Joder... —dijo Tina mientras Emily se abrazaba a sí misma.

—Ahí hay demasiada sangre —afirmó Lisa paralizada.

Sin embargo, lo que más atemorizó a las chicas, fue el rostro que había en la cabeza con forma de patata que coronaba la figura de aquel hombre. Desde él dos pequeños ojos las observaban sin apenas parpadear por encima de una falsa y perturbadora sonrisa que crecía en una extraña y terrorífica máscara.

Entonces el hombre ladeó la cabeza sutilmente, algo que fue suficiente para Tina que no se lo pensó dos veces y exclamó a sus amigas:

—¡Corred!

Kevin andaba deprisa, pero no corría. Había algo que se lo impedía. No era la oscuridad, ya se había acostumbrado a ella. Tampoco era el miedo que le recorría el cuerpo por quién fuera que los estuviera acechando y que se había cargado a Tommy, al fin y al cabo, era solo uno y ellos eran seis. No, era por algo mucho más banal, no quería enfrentarse a lo que ya había visto, a la escena de lascivia por la que se le había roto el corazón.

«¿Y qué les digo?», se preguntó. «Siento interrumpiros pero alguien ha matado a Tommy y, seguramente, viene a por nosotros?». Menuda estupidez, se frotó el rostro nervioso y siguió con su camino.

A pesar de que ambos lo habían traicionado por incumplir reglas sociales tan básicas como no liarse con la novia de tu mejor amigo o con el mejor amigo de tu novio, debía avisarles, no podía dejarlos allí como presas fáciles. Por lo que hizo de tripas corazón y aceleró aún más el paso, dando indicios sutiles de correr.

Pero, de repente, algo lo detuvo... todas las luces se encendieron de golpe, deslumbrándolo. Sus pies patinaron por el reluciente suelo del Crystal Mall y, durante unos segundos, se paró allí donde pudo, hasta que sus ojos dejaron de emitir parpadeos que le impedían seguir adelante.

—¡Hostia! —protestó frotándose con fuerza los ojos con las manos—. No veo una mierda.

Tras un instante, se atrevió a apartar las manos de su rostro y miró a su alrededor mientras el inquietante ambiente de la vida del centro comercial lo envolvía entre luces de colores, mezclas de sonidos y de hilos musicales, pero sin que hubiera nadie para disfrutar del espíritu consumista de aquel lugar.

Una idea cruzó su mente: quién fuera que hubiese matado a Tommy, conocía el lugar y ellos estaban jugando en campo contrario.

—Esto no me gusta —dijo en voz alta y, sin pensárselo dos veces, arrancó a correr.

Primero pasó por la tienda de sofás, por si Jason y Debbie hubiesen regresado, pero estaba tal y como ellos la habían dejado, con el vómito de Emily incluido.

—Maldita sea, siguen en el baño —protestó para sus adentros, por lo que

debería reunir todo el valor que tuviera para enfrentarse a la realidad.

Siguió corriendo y no tardó en llegar al baño. Se detuvo, cogió aire y empujó la puerta con ambas manos con ímpetu... pero jamás hubiese estado preparado para lo que sus ojos verían a continuación. Se había mentalizado para ver como Jason y Debbie seguían dándolo todo, pero en su lugar encontró toda una carnicería. La mayor parte del suelo estaba cubierto por sangre, a un lado estaba tendido Jason con una extraña postura en su cuello y, al otro, Debbie con la espalda magullada por una retahíla de agujeros provocados por lo que, en apariencia, parecía ser un destornillador o una herramienta similar.

Kevin contuvo una arcada.

—Esto... Esto... Esto es una locura...

Si la muerte de Tommy ya lo había descolocado lo suficiente, el hallazgo de los cuerpos sin vida de los que hasta hacía poco habían sido su mejor amigo y de su novia, lo dejó helado. No solo por la muerte en sí o la crudeza de esta, sino porque en su cabeza había estado planeando como solucionar su relación con esas dos personas; pero, ahora, debería seguir adelante sin saber qué hubiese sucedido al confrontarlas.

Tras el primer impacto y cuando su mente se calmó y ordenó, lo primero que pasó por su pensamiento fue acercarse a Debbie, pero se contuvo. A parte de que era evidente de que no podría hacer nada por ella o Jason, el hecho de haberlos encontrado muertos, quería decir, claramente, que un lunático los estaba cazando uno a uno. Por lo que lo primero que debía hacer era avisar a las que todavía podía salvar.

A pesar de tener el corazón roto, giró sobre sus talones y salió del baño a toda prisa, corriendo como jamás lo había hecho, siendo consciente de que cada segundo que pasaba era crucial para que las chicas pudieran sobrevivir.

Tal vez podría haber esperado. Tal vez podría haber seguido acechando a sus víctimas de una en una. Tal vez podría haber continuado siendo discreto y silencioso. Pero ahora que ya habían encontrado el primer cuerpo; pero ahora que ya sabían que iba a por ellos, lo mejor sería disfrutar de ese momento.

No se lo pensó dos veces al encender las luces ni al abrir la persiana del

almacén, pero sí al empezar a correr tras aquellas tres chicas. No porque no supiera como actuar. No porque no tuviera claro lo que quería hacer. Sino para poder saborear el momento antes de poder saborear su sangre. Por primera vez en mucho tiempo aquella sonrisa incómoda que siempre dominaba su rostro mostró una fila de pequeños y blancos dientes.

Puso un pie delante del otro, empezando a andar tras ellas, moviéndose de aquella particular manera que él lo hacía, vigilándolas entre los pasillos, viendo como se alejaban cada vez un poco más. Entonces, aceleró el paso e hizo algo que hacía años que tampoco hacía, correr. El extraño movimiento que lo había caracterizado al andar desapareció en cuanto cogió velocidad, era como si el hecho de haberse controlado durante toda su vida lo hubiese hecho torcerse, pero al desatar todo su potencial, apareció el auténtico depredador que era.

Si hasta entonces las chicas se habían alejado, en cuanto empezó a correr, fue como si se acercaran a él. A cada paso que daba, podía sentir como ellas se alejaban de su escapatoria y estaban más próximas a él, hasta el punto que podía sentir su perfume y el olor de su miedo. Hasta el extremo que casi podía alcanzarlas con la mano. Solo le faltaba un poco, solo un poquito más.

Era sorprendente como todo había cambiado en apenas unas horas. Desde que habían recogido a la tímida Emily aquello había pasado de ser una fiesta a una pesadilla. De ser siete acomodándose en un sofá, a tres corriendo por sus vidas, mientras rezaban que otros tres no corrieran la misma suerte que el séptimo. Si alguien les hubiera dicho lo que estaba por ocurrir esa misma noche, no se lo hubieran creído o, peor aún, se hubiesen reído de él en la cara. Sin embargo, ahora, corriendo para salvar sus vidas y sintiendo como ese monstruo —porque no se podía llamar de otro modo— cada vez estaba más cerca.

Las pesadas pisadas de ese desconocido eran cada vez más fuertes, como golpes contra el pavimento del supermercado.

Tina iba delante y Emily y Lisa le seguían a la zaga. La primera no hacía más que sortear obstáculos, recortando el camino de salida, no sabía hacia dónde iba, pero intentaba alejarse el máximo del asesino.

«Tengo que sobrevivir para luchar otro día», se dijo recordando alguna frase

absurda de una película.

Emily hacía lo que podía para mantener la calma y el ritmo que marcaba Tina. Sin embargo, y muy a su pesar, no podía dejar de mirar atrás, comprobando que, sin lugar a dudas, aquel hombre de mirada perdida estaba cada vez más cerca y que, si no ocurría un milagro, terminaría por pillarlas.

Por su parte, Lisa, hacía lo que estaba en sus piernas para correr. El deporte nunca había sido lo suyo, además, su cuerpo, aunque bien perfilado, no era ligero. Sus curvas, ocultas bajo prendas nada atrevidas, pesaban más de lo que cualquiera hubiera podido imaginar. Sus pechos grandes botaban descontrolados y su ancha cadera luchaba con sus generosos muslos. Más de una vez Debbie le había dicho que toda aquella carne merecía ser lucida. Ella, sonrojada, lo negaba y aseguraba que estaba gorda. Ahora, sin embargo, mientras luchaba con su cuerpo y su fuerza física, hubiera preferido ser delgada como sus dos compañeras, que se movían como gacelas. Ella en reposo tal vez era exuberante, en movimiento era ridícula.

«Mira que pensar en estas cosas con este asesino loco detrás», pensó y soltó una carcajada entre las fuertes respiraciones.

—¿Te estás riendo, Liz? —preguntó Tina sin girarse.

—¡Sí! —exclamó ella entre resoplidos.

—¿Por? —preguntó Emily mirando a Lisa, que seguía luciendo una amplia sonrisa.

—¡Por pensar que estoy gorda en un momento como este!

Las otras dos, a pesar de lo que estaba sucediendo, no pudieron compartir la broma con Lisa. Además, en ese momento tuvieron un motivo más para reír.

—¡Venga, un poco más!—gritó Tina y, señalando con la barbilla, añadió—: Ahí está la salida.

Frente a ellas estaba la línea de cajas. Si conseguían superar ese obstáculo, solo les quedaría una carrera alocada por la galería central del Crystal Mall hasta la puerta que había reventado la punk.

Una sonrisa afloró en el rostro de las tres, pero algo hizo que la de Lisa durara menos de lo esperado. De un salto, Tina subió a la cinta transportadora y, un instante después, ayudó a que Emily la hiciera, pero cuando ambas miraron hacia atrás, vieron como Lisa, que se había rezagado un poco, tenía al monstruo a su espalda. Tan cerca estaba de ella que alargó la mano y consiguió arrancarle la

blusa, que se hizo pedazos con la fuerza de la mano del asesino. Lisa trastabilló pero siguió adelante como pudo con el torso desnudo, dejando claro que sus pechos eran dignos de ser lucidos, como le había dicho Debbie.

—¡Va, corre, Liz, un poco más! —exclamó Tina desde encima de la caja, mientras ella y Emily se preparaban para poder ayudar a su amiga a superar la línea de cajas.

Pero cuando parecía que estaba cerca de ellas. Cuando Lisa extendió las manos para que ellas las pudieran coger. Cuando Tina y Emily casi pudieron sentir el calor de las palmas de su amiga, una enorme zarpa agarró a la chica por el abdomen con tanta fuerza que, literalmente, le clavó los dedos en la carne haciendo que empezara a sangrar.

Lisa emitió un alarido de dolor y de miedo.

Sus amigas chillaron impotentes ante la escena que estaba a punto de desencadenarse frente a ellas. Paralizadas por el horror, Tina y Emily vieron como, a una escasa decena de metros de ellas, la carrera de Lisa y el asesino se detuvo abruptamente. Mientras la presa chillaba sin parar, el depredador la agarraba con fuerza. Sin soltar el abdomen de la chica con la mano derecha, de un tirón le arrancó el sujetador con la izquierda, haciendo que sus grandes senos blancos de pezones rosados se liberaran. Sin embargo, la escena no era ni sexy ni sensual, pero si provocadora, grotescamente provocadora.

Después de arrojar el sostén al suelo, la mano izquierda del asesino atacó el pecho derecho de Lisa con furia, presionó en su parte más carnosa y tiró de él con fuerza, hasta que la piel, la grasa y el músculo se desgarraron y el sinuoso seno se convirtió en un pedazo de carne sin más. La sangre manó de la herida y Lisa siguió chillando mientras miraba su cuerpo desfigurado. Llevado por aquel frenesí sangriento, mordió el pecho desmembrado de Lisa y masticó un generoso pedazo que tragó sin remordimientos.

Emily volvió a vomitar y Tina la sostuvo como pudo. Aunque sabían que no podían hacer nada por ella y que cada segundo que pasaba eran ellas las que estarían en peligro, inconscientemente se negaban a abandonar a Lisa de aquella manera.

Por inercia, Tina dio un paso adelante, como si quisiera ir en ayuda de su amiga, pero fue la propia Lisa la que la detuvo con la mirada y, en un momento de calma, sacudió la cabeza, impidiendo que la punk hiciera una locura.

El asesino dejó caer lo que quedaba del pecho de Lisa, no muy lejos del sostén y la blusa, que golpeó el suelo entre salpicaduras de sangre. Sin embargo, Lisa, llevada por el sentimiento de saber que ya estaba todo perdido, aprovechó la distracción para propinarle un codazo en las costillas de su agresor. El golpe, más fuerte e inesperado de lo que nadie hubiese podido imaginar, hizo que el hombre soltara a su presa. Lisa, sabiéndose perdida, giró sobre sí misma y se encaró a su agresor con intención de atacarle, pero este se recuperó antes de lo que ella pudiera calcular y la agarró con sus musculosos brazos por la cintura, levantándola del suelo.

En aquel abrazo de oso, él sintió el calor del cuerpo de Lisa contra el suyo, mezclado con la viscosidad de la sangre; mientras ella vio muy de cerca aquel rostro perturbado y perturbador a la vez, casi pudiéndose sumergir en aquellas pupilas sin alma del que sería su asesino. La presión aumentó más y más hasta que un crujido resonó por encima del hilo musical. La espalda de Lisa se había partido por la mitad.

Emily chilló y Tina la agarró y, como ya venía siendo costumbre aquella noche, tiró de ella para que la siguiera. Habían cometido el error de permanecer allí y el de contemplar la brutal muerte de Lisa.

Mientras ellas se alejaban, el reponedor no se inmutó, sabía que las podría cazar tarde o temprano, quería seguir disfrutando de ese juego, por lo que, sin prisa, hundió su rostro en el cuello sin vida de Lisa y gozó del almizcleño olor de piel, sudor y sangre que desprendía aquella chica.

Aunque Kevin sabía que estaba corriendo para avisar a Tina, Lisa y Emily de que Jason y Debbie habían sido atacados, lo cierto es que en su interior también estaba huyendo de lo que acababa de ver.

«Sería muy fácil salir por dónde hemos entrado, correr como un poseso y esconderse bajo las sábanas de su habitación», pensó por un instante. Y es que no solo huía de los cadáveres de su mejor amigo y de su novia, sino también de lo que le habían hecho estos un rato antes, cuando los había descubierto follando como conejos.

Kevin sacudió la cabeza. No, no podía abandonar las chicas de aquel modo, a ninguna de ellas, eran sus amigas y tenía que ir a avisarlas para que dejaran de seguir el rastro de Tommy y pudieran salir pitando todos juntos de ahí. En pocos segundos, sus pensamientos fueron ordenándose y tuvo claro lo que debía hacer: reunirse con las chicas, salir del centro comercial y buscar a la policía para que detuviera al asesino de Tommy, Jason y Debbie. Era Kevin, tal vez no era popular, ni un gran deportista, ni el primero de la clase, pero sí que era un chico que hacía lo correcto. Y en ese momento lo correcto era eso.

A pesar de que las luces estaban encendidas, estaba tan abstraído con sus pensamientos y en el hecho de localizar a las chicas, que no las vio como corrían en su dirección desde el extremo opuesto del centro comercial. Por su parte, ellas tampoco lo vieron, no podían dejar de mirar atrás a la espera de que aquel monstruo que había descuartizado a Lisa en un instante apareciera pisándoles los talones. Por lo que el choque fue inevitable.

Tras el golpe, los tres terminaron en el suelo y un acto reflejo los hizo levantarse de un salto y prepararse para huir de nuevo, hasta que se dieron cuenta de con quien habían chocado.

—¡Kevin! —exclamaron Tina y Emily al unísono.

—¡Chicas!

Y, de repente, Tina y Kevin empezaron a hablar a la vez, contándose todo lo que había sucedido en ausencia del otro, por lo que ninguno de ellos se enteró de nada, mientras que Emily los miraba desconcertada.

—¡No tenemos tiempo! —gritó la chica interrumpiendo a los otros dos.

Ellos callaron y la miraron, sorprendidos por el ímpetu de sus palabras.

—Tiene razón, no podemos quedarnos aquí —afirmó Tina cogiendo a Kevin por los brazos.

—Estoy de acuerdo y... —Calló y miró a las dos chicas—. Por cierto, ¿dónde está Lisa?

—Por eso no tenemos tiempo, Kevin, ese asesino la atrapado y la ha matado frente a nosotras —confesó Tina—. Y seguro que nos está pisando los talones.

—Lo hemos visto y no ha terminado —dijo Emily con voz trémula.

Kevin abrió los ojos consternado, no se podía creer lo que acababa de oír, otra víctima de ese misterioso asesino.

—No es posible... —fue cuanto pudo responder.

—¿El qué? —lo interrogó Tina.

—Que pueda hacerlo ha este ritmo —dijo Kevin con la mirada perdida.

Tina sacudió al chico para que volviera al presente y se centrara.

—¿Qué coño tratas de decirnos?

Por fin, él levantó la mirada y la fijo en la de la punk, ella la vio húmeda y preocupada.

—También se ha cargado a Jason y Debbie.

—¿Qué?!

—El baño de mujeres parecía una puta carnicería, Tina —le espetó Kevin.

Pero ninguno de los dos dijo nada más, se quedaron ahí plantados, con Tina agarrando a Kevin por los brazos... hasta que Emily intervino.

—Entonces, ¿a qué coño estamos esperando?

Los otros dos la miraron sin expresión en su rostro, como si sus mentes estuvieran en blanco.

—¡Va! ¡Solo tenemos que salir por el agujero que has abierto, joder! —exclamó ella alentándolos a emprender la carrera hacia la salida, hacia la supervivencia.

—Un segundo, maldita sea, Emily —le soltó Tina, sorprendiendo a la chica—. Ya sé que tú no los conocías demasiado, pero eran nuestro amigos y deberíamos hacer algo, ¿no, Kevin?

—¿A qué te refieres?

—Deberíamos enfrentarnos a ese chalado y vengarlos, ¿no?

A pesar de que lo decía con firmeza, en sus palabras se podía percibir que no

lo tenía del todo claro, que había un atisbo de duda en su interior.

—¿Vengarlos? —preguntó Kevin.

Tina asintió.

—No somos héroes y esto no es una peli, Tina, somos críos. Tenemos que huir y contárselo todo a la policía o a quien quiera que nos escuche —dijo con voz pausada.

—¿Seguro? —insistió Tina sacando de su bolsillo el mechero de Tommy y jugueteando con él.

Kevin la detuvo y la miró a los ojos.

—¿Crees que Tommy querría que arriesgaras el pellejo por hacerte la valiente, o que salieras cagando leches de aquí?

—Que saliera cagando leches de aquí.

Emily no esperó que los otros dos se decidieran, sino que, simplemente, los cogió de las manos y tiró de ellos.

—Pues vamos, no hay más tiempo que perder.

Los tres corrieron en busca de la salida que Tina había abierto unas horas antes, cuando todo aquello no era más que una mera gamberrada de críos con ganas de hacerse los rebeldes. Antes de que se tornara una sangrienta pesadilla.

Notaban como sus músculos se tensionaban, como les ardían bajo la piel al ser forzados de aquel modo, pero merecía la pena si lograban salir al exterior. Tenían claro que si conseguían abandonar el centro comercial tendrían más posibilidades de salir con vida de aquella situación extrema en la que el destino los había metido.

Giraron una esquina y, en la lejanía, vieron la puerta con el cristal roto. Solo tenían que correr un poco más y conseguirían salir de aquella horrible ratonera... de aquella temible trampa mortal en la que se había convertido aquel centro comercial.

Pero cuando casi podían sentir el aroma de la brisa nocturna colándose por el agujero, no tuvieron otra que detener su carrera. Desde la terraza del segundo piso del Crystal Mall saltó la descomunal figura del asesino, que con una sorprendente agilidad se interpuso en su camino, impidiendo que lograran alcanzar su objetivo. Sin saber cómo, ese tipo había logrado adelantarlos y mantenerlos encerrados en aquel lugar.

A pesar de la altura, fue como si aquello no fuera nada para él, ya que

después de amortiguar la caída flexionando ambas piernas, se alzó cuan alto era para mirar a sus presas con aquellos ojos oscuros y, de nuevo, les sonrió ladeando la cabeza de aquella manera tan perturbadora.

Kevin, que iba en cabeza, extendió los brazos y, instintivamente, detuvo a las dos chicas.

—¡Joder! ¿Es él? —preguntó al ver aquella aterradora figura cubierta de lo que, sin lugar a dudas, era sangre fresca.

—¿En serio que tienes que preguntarlo? —le espetó Tina.

Kevin no respondió, pero su pregunta había sido inconsciente, instintiva, una reacción natural a lo que estaban contemplando sus ojos.

No hizo falta que nadie se lo dijera, ya que en cuanto ese loco empezó a andar dirigiéndose hacia ellos, los tres dieron media vuelta y emprendieron la carrera de nuevo por dónde habían venido.

Sus mentes iban a cien por hora. No sabían qué hacer o a dónde ir. Era evidente que, llegados a ese punto, debían encontrar otra salida, la que fuera, por loca, peligrosa o arriesgada que fuera, ya que cualquier alternativa pasaba por cruzarse en el camino del asesino.

Al pasar cerca de una de las escaleras que permitía subir a la segunda planta, Kevin se detuvo de repente, mientras que las dos chicas lo hicieron unos metros más adelante.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tina al chico cuando vio que empezaba subir.

—Daros tiempo para encontrar una salida.

—¿Estás loco?

—Seguramente —respondió él con media sonrisa.

—Pero no has dicho que no éramos héroes.

—Y no lo soy... —confesó él asustado—, por eso os pido que vengáis a por mí en cuanto sepáis cómo salir de aquí.

Tina se llevó las manos a la cabeza.

—Está bien... Claro que vendremos, pero, por lo que más quieras, no hagas ninguna tontería.

Kevin sonrió.

—Demasiado tarde —dijo antes de mirar hacia atrás, hacia donde estaba el asesino que se acercaba a ellos con pasos firmes y gritar—: ¡Eh, tú! ¡Sí, tú, el

grandote con cara de imbécil! ¡Mucha sangre pero a todos los has pillado con las bragas bajadas! ¡Lo has hecho por sorpresa! Ven a por mí de frente.

«Está como una regadera», pensó Tina mientras volvía a correr al lado de Emily para alejarse de allí, pero no sin antes ver como el asesino había picado en el anzuelo y fijaba toda su atención el chico.

Fue en ese momento que Tina y Emily aprovecharon para escabullirse al interior de una tienda, desapareciendo del campo de visión del reponedor, con la intención de que cuando Kevin lo hubiese alejado lo suficiente, encontrar la manera de salir. Las dos chicas se arrastraron por el suelo, de espaldas al fondo del local hasta que toparon con lo que parecía un estante y de él cayeron un par de botes que, por suerte, fueron a parar a sus regazos sin hacer ruido.

Al ver lo que eran, Tina no pudo evitar sonreír, había tenido una idea.

«No sé qué me ha pasado por la cabeza para hacer esto», se reprochó Kevin mientras subía las escaleras a la carrera, viendo como el asesino clavaba su mirada en él, como lo haría un depredador sobre su presa.

Al principio creyó que podría mantener la distancia, pero en cuanto el gigante ensangrentado empezó a subir los peldaños de la escalera de tres en tres como si nada, Kevin tragó saliva y sintió como un escalofrío de terror le recorría todo el cuerpo.

Por cada zancada del monstruo, él tenía que dar cuatro pasos para mantener el ritmo. Además, jugaba con la desventaja de no tener ni idea de qué tenía qué hacer. De momento lo había distraído, sí, pero ahora no sabía como seguir, qué hacer. Enfrentarse a él estaba completamente descartado, pero no podía ser que lo único que pudiera hacer fuera correr como un condenado cobarde.

«Cualquiera correría así ante ese tipo», se alentó.

Pero el desánimo pronto se apoderó de Kevin cuando se dio cuenta de que el asesino se cernía sobre él. Aunque en apariencia parecía andar lentamente, lo cierto era que se acercaba a él a marchas forzadas, recortando la distancia entre ellos. Y, después de ver lo que le había hecho a Jason y Debbie y escuchar cómo habían acabado Tommy y Lisa con sus manos, no tenía demasiadas ganas de que lo alcanzara... pero desafortunadamente para Kevin, lo hizo, y de que manera.

Súbitamente, las poderosas manos del asesino se cerraron sobre los hombros de Kevin. Los pies del chico se separaron del suelo y tuvo la impresión de que emprendía el vuelo. En un solo movimiento, el agresor lo lanzó contra el escaparate de una tienda de ropa interior femenina. El cristal se rompió bajo el peso de Kevin y este rodó por encima de los mostradores, hasta que chocó con un expositor de bragas de luminosos colores cayera sobre él.

Aturdido, el chico intentó centrar la mirada, buscar a su atacante y, tal vez, huir de él, pero antes de que pudiera darse cuenta, una gran sombra se proyectó sobre Kevin, era él. Volvió a cogerlo y lo lanzó de nuevo hacia el exterior a través del cristal roto. Estaba jugando como un niño lo haría con una pelota.

El asesino sonrió al ver como el cuerpo desmadejado de Kevin rodaba por el suelo de la galería de la planta superior del centro comercial, quedando tendido cerca de la barandilla de cristal que protegía de posibles caídas.

A pesar de los golpes, Kevin reunió todas sus fuerzas para asirse a la barandilla e intentar levantarse. Sin embargo, aunque logró ponerse de pie, no tuvo tiempo de alegrarse de ello ya que la figura del asesino volvía a estar a su lado.

Kevin le escupió sangre a aquella estúpida cara sonriente.

—No te tengo mie...

Las palabras del chico quedaron desgarradas cuando el depredador lo cogió por el cuello con ambas manos. Mientras Kevin luchaba por respirar, el otro lo levantó del suelo y lo hizo pasar por encima de la barandilla, dejando que sus pies bailaran en el vacío.

Como pudo, Kevin miró de reojo hacia abajo.

«No es muy alto, tal vez solo me rompo algún hueso», pensó el chico un instante antes de que el reponedor lo soltara.

El aire regresó a sus pulmones. Por un instante se sintió libre y creyó que podría salir con vida de aquel infierno, pero se equivocaba. Debajo de él no había visto que había algo más que el reluciente suelo de la planta baja del centro comercial. Una decorativa escultura de metal que reproducía la escarpada silueta de Pikes Peak y que servía como expositor de folletos de turismo local se interponía en su camino... y en la que quedó ensartado como un pollo en un asador.

Aunque estaba claro que no saldría de allí con vida, al fin y al cabo lo

atravesaban varias barras de acero, Kevin no murió al instante, tuvo tiempo de sentir el dolor y ver como, desde lejos, Tina y Emily contemplaban la escena. Pero en sus rostros, sobre todo en el de Tina, no vio miedo, terror o pánico, vio determinación y lo comprendió.

«Esa loca tiene una idea», se dijo.

Sonrió y alzó la mirada para observar a su asesino, este ladeó la cabeza y, antes de exhalar su último aliento, Kevin le hizo una peineta y pronunció sus últimas palabras:

—Estás muerto, gilipollas...

10

Tina y Emily vieron como el asesino dejaba caer a Kevin y, por un segundo, creyeron que podrían ir a recogerlo y huir de allí, pero todo terminó cuando este quedó clavado en aquel expositor. Las miró, le soltó la pulla al pirado y le hizo una peineta.

—Vaya huevos tiene el don nadie —susurró Tina antes de que la cabeza de Kevin cayera sin fuerza, dejando claro que se había unido al resto de sus amigos.

—Tenemos que ayudarlo —afirmó Emily.

—No, es demasiado tarde —respondió Tina—, aprovechemos el tiempo que nos ha dado.

Las dos chicas salieron corriendo hacia el fondo del centro comercial, hacia donde se terminaban las tiendas, pero lo hicieron sin ocultarse o huir, simplemente se alejaron.

Tina tenía claro hacia dónde iba, mientras que Emily la seguía un poco desconcertada.

—¿A dónde vamos?

—A la escalera de servicio.

Emily miró atrás y, a lo lejos, vio como el asesino se acercaba a ellas.

—¿No deberíamos estar buscando una salida? —preguntó cada vez más asustada.

—No.

Tina apretó la palanca roja y las puertas dobles se abrieron de par en par, dejando a la vista una enorme escalera de piedra con un amplio hueco en su centro desde el que se podía ver la considerable altura a la que estaban.

—¿Y lo que ha dicho Kevin?

—He tenido una idea mejor —respondió mostrándole los dos botes de laca que había cogido de la peluquería en la que se habían escondido antes.

Emily abrió los ojos sorprendida y sacudió la cabeza negativamente.

—No, no, no... Debemos huir.

—Estoy hasta el coño de huir y de salir corriendo, ese imbécil se va a enterar con quién se ha metido —sentenció Tina.

Emily tragó saliva, pero las palabras de su nueva mejor amiga la

convencieron, también estaba cansada de correr.

—Está bien, ¿qué quieres que haga?

—Quédate aquí, que te vea y confía en mí.

—¿Pretendes que haga de cebo?

Tina sonrió, asintió y se escabulló por las escaleras que subían hacia el piso superior.

A Emily no le hizo falta mucho para meterse en su papel de señuelo, ya que en cuanto vio que el asesino ya estaba a escasa distancia de ella, recordó la imagen del desmembramiento de Lisa, por lo que no pudo evitar soltar un alarido de pavor que resonó por todos los rincones del centro comercial.

El depredador se acercó a ella lentamente, saboreando el momento, y ladeó la cabeza con esa sempiterna e incómoda sonrisa en su rostro que hizo temblar de nuevo a la chica. De repente, se detuvo cuando estaba a dos metros de ella. Miró a su alrededor, buscaba a Tina, sabía que le faltaban dos presas por capturar y creía que podría terminar en ese momento, pero la otra chica había desaparecido. No importaba, ya tendría tiempo de cazar a la otra, ahora podría acabar con esa chillona y después se lo pasaría genial siguiendo el rastro de la que parecía la más escurridiza.

«Esa será la mejor», pensó mientras se acercaba más y más a Emily.

Alargó las manos, con ademán de capturarla con sus poderosas garras, pero antes de que pudiera sentir el calor que desprendía ese cuerpo aterrorizado, una presencia a su espalda lo desconcentró.

Giró sobre sus talones y frente a él encontró a la última chica que había reaparecido a sus espaldas y lo apuntaba con lo que parecía un bote de producto para el pelo.

Él sonrió.

—¡Eh, tú, pedazo de mierda, a ver si esto te hace tanta gracia! —exclamó Tina justo antes de mostrarle al asesino el mechero de Tommy y encenderlo al mismo tiempo que apretaba el spray de la laca.

Una llamarada de alcohol perfumado se abalanzó sobre el asesino, cual lanzallamas casero.

Sin reparar en si se quemaba las manos o no, Tina siguió apretando y rociando a aquel hombre con el spray y las llamas hasta que su ropa y su piel prendieron lo suficientemente como para arder por si solos.

El asesino no gritaba ni chillaba, solo gruñía y sacudía los brazos a su alrededor espantando moscas, como si con eso tuviera suficiente para apagar el fuego que su propio cuerpo avivaba.

Cuando terminó el primer bote, Tina empezó con el segundo sin pestañear, descargando toda la furia sobre ese pirado que había acabado con la vida de sus amigos. El asesino, ardiendo y absolutamente desconcertado ante aquel inesperado ataque, trastabilló hacia atrás, acercándose peligrosamente a la barandilla de las escaleras de servicio.

Tina no dejó de rociarlo con el fuego hasta que la cintura del hombre chocó con la barandilla. Con las llamas rodeando todo su cuerpo como una antorcha humana, el asesino miró a su atacante frunciendo el ceño, sin comprender porque se había detenido la chica.

Ahora fue Tina la que sonrió mientras Emily se situaba a su espalda.

—Nuestro amigo te lo ha dicho —dijo la punk—. Estás muerto.

Y antes de que el hombre pudiera reaccionar, lo empujó con sus propias manos sin miedo a quemarse.

Sin saber de dónde podría haber sacado toda aquella fuerza esa chica tan pequeña, el reponedor perdió el equilibrio y su cuerpo se abalanzó por encima de la barandilla a la que no pudo asirse, cayendo al vacío.

Las dos chicas se acercaron para contemplar el final y vieron como caía por el profundo hueco de aquella escalera, a la vez que exclamaba en un aullido terrorífico:

—¡¡¡Joputas!!!

Antes de golpear el suelo del fondo en un desagradable crujido final.

Tina y Emily no tardaron en salir por el hueco por el que habían entrado junto a sus amigos unas horas antes. En sus convulsas cabezas solo podían pensar en que habían sobrevivido, en que sus amigos no y en que debían encontrar a alguien que los ayudara; pero a la vez, se sentían tranquilas al saber que ese animal, que les había dado caza uno tras otro, yacía sin vida al fondo de una escaleras mientras unas llamas devoraban lentamente su piel.

Anduvieron hacia la salida peatonal del centro comercial una al lado de la otra

mientras se encaminaban hacia la ciudad, a la espera de que alguien las creyera cuando les contasen todo lo que habían vivido aquella noche.

—Lo siento, Emily, antes no quería ser desagradable —le dijo Tina cogiéndose del brazo de su amiga.

—¿Cuándo? —la interrogó la otra.

—Cuando te he dicho que no te importaban los demás.

Emily sonrió.

—No te preocupes, no pasa nada —consoló a Tina—. Tenías razón, apenas los conocía, pero te comprendo.

—¿Ah, sí?

—Claro, yo también he estado ahí dentro corriendo por mi vida.

Tina contuvo una sutil carcajada, no tenía demasiados motivos para reírse, pero ahora se podía permitir que algo le hiciera un poco de gracia.

—Me caes bien, Emily, y me gusta que seas mi amiga, por eso quiero pedirte perdón.

Emily la miró y con una sonrisa le preguntó:

—¿De verdad que la gran Tina se está disculpando?

—Lo sé no es propio de mí, pero hemos pasado por demasiadas cosas —respondió Tina en un suspiro, pero añadió—: Sin embargo, no te acostumbres.

Emily la abrazó y aceleró el paso, aunque sabía que se habían deshecho del peligro que las amenazaba, no le apetecía seguir estando cerca de aquel centro comercial al que, con total seguridad, no regresaría jamás.

Al fondo de las escaleras de emergencia del centro comercial Crystal Mall yacía el cuerpo del reponedor que había encontrado allí su hogar. Las llamas ya se había extinguido y las costras habían empezado a aparecer sobre su piel quemada, pero no muerta.

Su pecho subía y bajaba lentamente, aún respiraba. A pesar del fuego y de la caída, había logrado sobrevivir, aunque el dolor lo recorría de pies a cabeza. Tenía quemaduras y magulladuras por todo el cuerpo, y demasiados huesos rotos como para poder centrarse en una zona en particular.

Sin embargo, seguía sintiendo que podía moverse. Tenía que hacerlo.

Lentamente, se giró para quedar tendido boca abajo, puso las palmas de sus manos contra el suelo y empujó con todas sus fuerzas. Su torso se alzó. Respiró pesadamente. Movi6 un brazo hacia adelante, después el otro y se impulsó con ellos. Consiguió arrastrar unos centímetros su cuerpo y repitió la operación mientras salía de la escalera y recorría aquel sótano casi olvidado del centro comercial.

Tras un rato que se le hizo eterno, con un dolor que le impedía pensar, consiguió recorrer la distancia hasta la puerta de su madriguera. Cuando la alcanzó, suspiró cansado. Lo había logrado, a pesar de todo, lo había logrado.

Reuniendo fuerzas, levantó su cuerpo y apoyó su espalda contra la puerta. Quedó sentado durante un instante. Levantó una mano y giró el pomo de plástico. La hoja de la puerta se abrió y él cayó de espaldas al suelo.

Le dolió, claro que le dolió, pero estaba en su refugio.

Volvió a arrastrarse por el suelo hasta su camastro, y apoyó la espalda contra él, quedándose sentado al lado de la figura con la cabeza destrozada de su primera víctima. Por primera vez sonrió sin resultarle incómodo. Por algún extraño motivo se sentía feliz. Y, sin más florituras, todos sus músculos se aflojaron y su cuerpo se inclinó hacia un lado, quedando apoyado al cadáver de Tommy, como si de dos colegas se tratase.

El Reponedor

Escrito por Francesc Marí

LASDAOALPLAY? Books — lasdaoalplay.com/books

Editado en Sant Joan Despí, octubre 2025

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de dichos derechos podrá ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

lasdaoalplay.com